

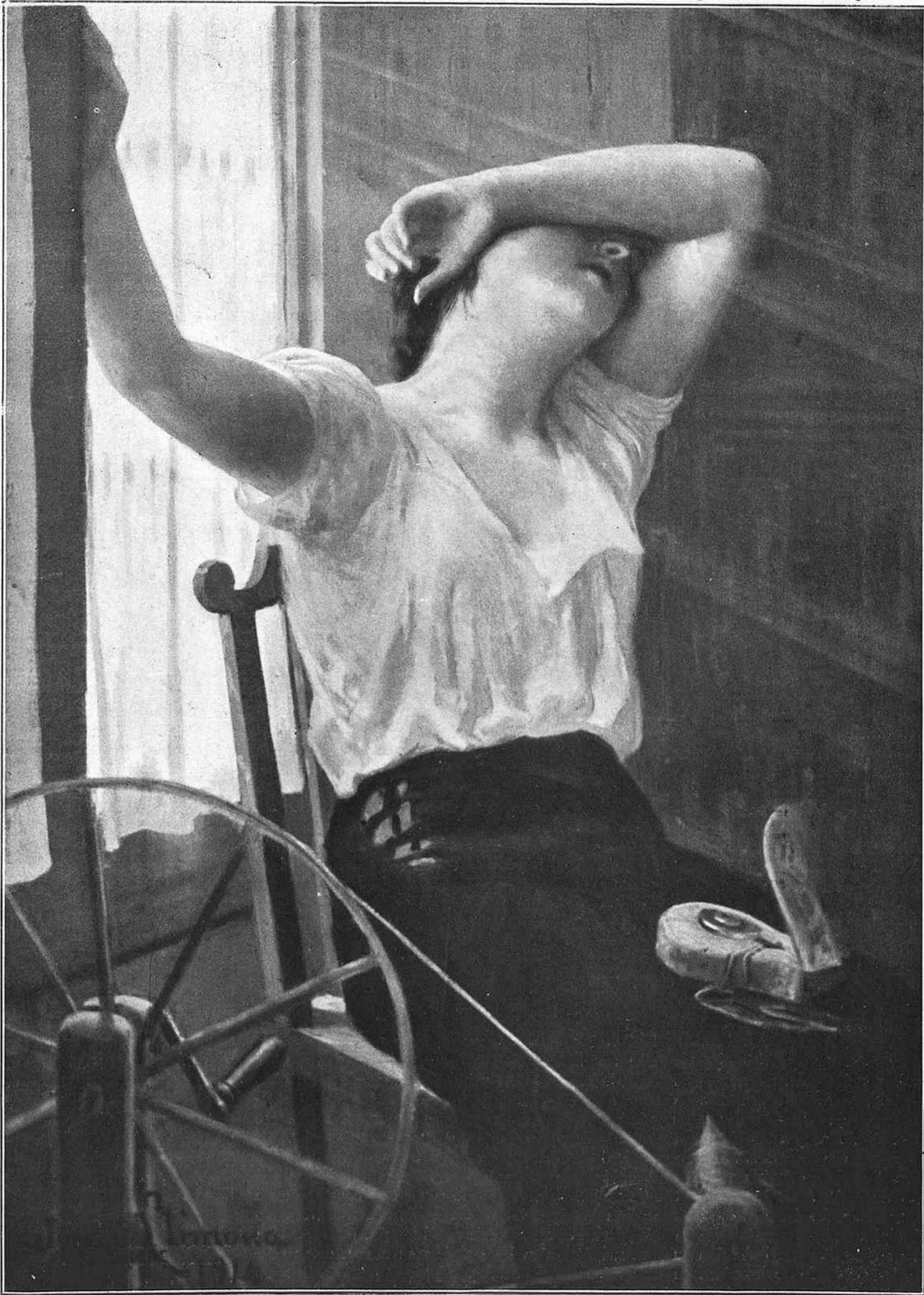
Ilustración Artística

AÑO XXXIII

BARCELONA 20 DE JULIO DE 1914

NÚM. 1.699

BARCELONA. SALÓN PARÉS



MARGARITA, cuadro de Juan Llimona

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Remordimiento...*, por B. Morales San Martín. — *México. La conferencia de Niagara-Falls. Constitucionalistas y federales.* — *Incendio de la ciudad de Salem.* — *París. La revista militar del 14 de julio.* — *Mr. José Chamberlain.* — *Barcelona. Notas de actualidad.* — *El juramento de Nadia* (novela original de Enrique Greville, ilustraciones de Mas y Fondevila). — *Guernesey. Inauguración del monumento a Víctor Hugo.* — *El raid aéreo Londres-París-Londres.* — *El submarino francés «Calypto».* — *París. El centenario de la defensa de París en la Escuela Politécnica.*

Grabados. — *Margarita*, cuadro de Juan Llimona. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Remordimiento...* — *Concierto campestre*, cuadro de Haroldo Knight. — *Importantes excavaciones en Ferento (Italia)* (dos fotografías). — *México. Entrada de los constitucionalistas en Saltillo.* — *El general Carranza arregando a la multitud.* — *Incendio de la ciudad de Salem.* — *París. La revista militar del 14 de julio* (dos fotografías). — *En el muelle*, cuadro de Luciano Simón. — *Reflejos*, cuadro de L. A. Tessier. — *Mr. José Chamberlain.* — *Notas de actualidad de Barcelona.* — *Guernesey. Inauguración del monumento a Víctor Hugo.* — *El público rodeando el monumento en el acto de la inauguración.* — *El aviador inglés Brock.* — *El submarino francés «Calypto».* — *París. Inauguración del monumento conmemorativo de la defensa de París en la Escuela Politécnica.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Lo que llaman el drama de Sarajevo; esa supresión instantánea y brutal de una pareja de príncipes, dos veces atacados en la vía pública, hasta lograr, en el segundo intento, arrancarles la vida, es sin duda para estremecer y para contarse entre las páginas terribles de la historia; pero amengua un poco el espanto que pone en el ánimo, pensar que el crimen tuvo un objeto.

Trataré de explicarme, para que nadie me achaque opiniones teñidas de ferocidad. Sería imputación infundada, porque detesto la violencia, aun reconociendo su inmanencia histórica, porque la solución de toda contienda se confía a la fuerza. Pero en este caso, lo que quiero decir es que, al lado de los crímenes anarquistas, sin más finalidad que el mismo terror, el de Sarajevo parece que está dentro de la lógica de la historia. Si hemos de creer lo que nos dicen los periódicos, fué manifestación de la protesta de Serbia contra la anexión de Bosnia y Herzegovina; un brote (todo lo bárbaro que se quiera) de nacionalismo. Y esto ya varía; esto no va contra la sociedad; no es destruir por destruir, ciegamente.

Si el crimen fuese anarquista, nos sublevaba, nos hería a todos, lo mismo en España que en el imperio de Austria, porque *sociedad* la hay en todas partes; siendo, como fué, un pleito de serbios y austriacos, nuestra indignación disminuye notablemente, hasta llegar casi a la indiferencia, aunque rindamos tributo de compasión y respeto a las víctimas.

Los matadores procedieron movidos por ese sentimiento cardinal, tan disminuido en nuestros días: el amor de la patria. Como dos romanos de los tiempos de Servio Tulio, inmolaron sus vidas en el gran altar, diciendo:

— Seguros de no poder huir, llevábamos con nosotros una provisión de cianuro de potasio.

El gesto será salvaje, pero tiene su dignidad, y recuerda siempre a la clásica Roma, en sus épocas más viriles y de mayor constancia y energía.

Para continuar comparando el de Sarajevo a los crímenes anarquistas, y notar mejor la diferencia, haré observar que, cuando se comete uno de los primeros, sobreviene un estupor, un asombro, como si se preguntase: ¿por qué, a qué, con qué provecho tal barbaridad?

Y hay algo que pudiéramos llamar aproximación de conciencias, para reprobarnos y detestar, partiendo de criterios muy distintos, tal género de atentados. En el trágico caso de Sarajevo, lejos de aproximarse las conciencias, se ha revelado muy a las claras su escisión; lo prueba la agitación contra Serbia en Austria, y la agitación contra Austria, en Serbia, todo ello con indicios, y amagos de *casus belli*. Luego el crimen convino a alguien, tuvo un fin determinado, histórico, como dije al principio.

Y esto amengua el horror que siempre infunden los regicidios, asesinatos y lanzamiento de bombas. No es ni siquiera un atentado político, como el de Portugal; sino un arrebatado de feroz independencia. Lo que ha sucedido es que la mayor parte de los que leyeron en la prensa el relato, creyeron que andaba en ello el anarquismo de acción. De todos modos, el acto es reprochable, es cruel. Una mujer ino-

cente sucumbió a una de las balas. Sin derecho a ceñir la corona, tuvo el de morir con el futuro Emperador.

* *

Vuelve a discutirse, o por mejor decir, sigue discutiéndose, cuál fué la patria verdadera de Cervantes. Como nadie ignora, el litigio está pendiente entre Alcalá de San Juan y Alcalá de Henares.

No puede negarse que, por ahora y mientras nuevas pruebas no se aduzcan, Alcalá de Henares tiene probabilidades de ganar; milita en favor suyo la constante y acaso rutinaria tradición, el asenso general, que poco a poco crea las certidumbres. Pero, con todo esto, no he podido menos de vacilar y meditar al leer una publicación muy curiosa a veces, *La Ilustración Manchega*, donde suelen publicarse artículos referentes al consabido pleito. En Alcalá de Henares, habiendo yo tenido ocasión casual de frecuentar algo este viejo pueblo tan rico en monumentos, por la estancia allí de personas de mi familia, me hablaban de la polémica, y me enseñaron la partida de bautismo impugnada por los alcazareses; y debo decir que hay en ella dos o tres detalles que me hacían fluctuar y me causaban extrañeza.

Cuando un hombre llega a la altura de un Homero, un Cervantes o un Colón, varias ciudades reclaman la honra de haberle visto nacer en sus muros. Cristóbal Colón pasó largos siglos por genovés. Hoy está, si no evidentemente demostrado, por lo menos muy bien apoyado, lo suficiente para engendrar convicción, que el Descubridor nació en Pontevedra, y que procedía de judíos portugueses. Al pronto, no faltaron zumbones. ¡Colón gallego! Porque hay quien supone que en Galicia sólo hay vacas, nabos y los corderillos de *Maruxa*.

Lo mismo que a Colón, puede ocurrir a Cervantes. La diligencia de los eruditos tal vez llegue a desenredar la maraña. Para mí, los derechos de Alcalá son dudosos, como lo es, piensan muchos pintores, el célebre retrato del autor del *Quijote*, que hoy preside las sesiones solemnes de la Academia de la Lengua.

* *

La discusión referente al lugar del nacimiento de Cervantes, no ha trascendido aún, puede decirse, al gran público. La mantienen eruditos e indagadores. Acabo de recibir, en este mismo momento, un número de la *Revista Religiosa*, dirigida por Padres Trinitarios descalzos, conteniendo un artículo firmado por D. Antonio Castellanos, donde anuncia un examen comparativo de las dos partidas de bautismo de Cervantes, la de Alcalá de Henares y la de Alcalá de San Juan, sin ocultar que tiene a la primera por apócrifa.

Y *apócrifa* no es la palabra exacta que he debido emplear. La partida de bautismo de Alcalá de Henares es auténtica, no forjada; sólo que, en opinión de los propugnadores de Alcalá de San Juan, no corresponde al autor del *Ingenioso Hidalgo*, sino a otro alcaíno cuyo nombre se parecía al de Cervantes, sin serlo.

La cuestión puede dar mucho de sí, porque se han publicado numerosos documentos cervantinos, aunque sean limitadas las investigaciones sobre el terreno, de testimonios no escritos, de hechos reales. En esto va por buen camino el Sr. Castellanos, al buscar huellas y, verbigracia, descubrir en Consuegra el único escudo labrado en piedra berroqueña que de los Cervantes se ha encontrado en España.

Dos ciervas en campo verde,
la una pace, lo otra duerme;
la que pace, paz augura,
y a la que duerme asegura.

El Sr. Castellanos se propone, en conferencias, periódicos y libros, demostrar que la pretensión de Alcalá de Henares a ser la cuna verdadera de Cervantes, es un sofisma. Y nos anuncia que, antes de 1916, habrá grandes sorpresas en cuanto se refiera a la verdadera patria chica del autor del *Quijote*.

Espero con el mayor interés, hasta casi con ansiedad, esas sorpresas, y la conferencia anunciada del Sr. Castellanos, que sentiré tenga lugar antes de mi regreso a Madrid. La poca experiencia que he podido lograr en estas materias de historia, me enseñó a fijarme siempre en las opiniones nuevas, con preferencia a las sancionadas por las costumbres. Si todo el mundo puede errar, y han errado en puntos concretos maestros como Menéndez y Pelayo, también puede acertar todo el que sinceramente estudie; y por eso, desde el primer instante de emitida, cautivó mi atención la que entonces era poco más que arriesgada hipótesis de D. Celso García de la Riega,

acerca de la cuna de Colón. Son materias en las cuales los que tienen el candil más encandilado pueden caminar a oscuras, y dar infinitos tropezos: porque si en lo recentísimo, en lo de hoy y de ayer, hay versiones contradictorias y cuesta trabajo restablecer la verdad de los hechos, ¿qué será en lo ya borrado y confundido por el tiempo, en lo que se presta a tanta duda, por su índole misma?

* *

No es la primera vez que tomo en cuenta la tesis que defiende el Sr. Castellanos con empeño. Confieso que una de las cosas que me impidieron atenderla desde el punto en que la conocí, fué el libro de Lizcano sobre la materia, obra muy poco afortunada, y en que muchos capítulos son meras rap-sodias.

Para defender su proposición, Lizcano creyó oportuno empezar por escribir una reseña histórica de Alcázar de San Juan. Tiene ciertamente gloriosa historia la ilustre ciudad celtibera, pero, tomada desde el principio de los tiempos, no guarda gran relación con el punto debatido, y menos aun los prolijos recuerdos de Teodosio y Trajano, que así tienen que ver con Cervantes, como Maricastaña con el Gran Tamerlán.

Hasta después de un desfile de los anales históricos de España, no aparece en este libro algo que a Cervantes recuerde. Cuando asoma, ello es que preocupa, y da lástima que esté tan mal desenvuelta la tesis. El ambiente de Alcázar es el ambiente familiar del *Quijote*. En la provincia de Ciudad Real y partido judicial de Alcázar están los pueblos y lugares de la geografía quijotesca: Argamasilla de Alba, Puerto Lápiche, y próximas, las lagunas de Ruidera, la Cueva de Montesinos. Un capitán Cervantes aparece ganando por el esfuerzo de su brazo a los moros la villa del Toboso. De él, descendía el don Roque Cervantes, caballero de la orden de Calatrava, que murió en 1844 en Tembleque, y ostentaba en su escudo las dos ciervas, una durmiendo y otra pastando. En la propia comarca se encuentran numerosos Saavedras, y si se ha de creer a Lizcano, los Cervantes fueron allí legión. En suma, Lizcano, sin arte, aduce algunos datos que no cabe despreciar.

* *

Algo nos toca a nosotros, los de Galicia, en estas reivindicaciones cervantescas.

También recordamos que el linaje de los Cervantes es Galicia. Los Cervantes gallegos tomaron su apellido (según el P. Gándara, infinitas veces citado en materias de genealogía) de la Torre de Cervatos, que el Emperador dió a Nuño Alonso. Y siendo este mismo Nuño alcaide de Toledo, uno de sus hijos tomó ya el apellido Cervatos, sobre lo cual se ha fantaseado mezclando en la danza el toledano castillo de Cervatos o de San Cervantes.

En cuanto al apellido Saavedra, también es de origen gallego, como los son las nueve décimas partes de los linajes españoles. Saavedra procede de Lugo.

No quisiera partir de ligero en tan importante cuestión; digo importante, pues aunque el *Quijote* ni vale más ni menos porque lo haya escrito un alcazareses o un alcaíno, para estas dos ciudades, el ser cuna de Cervantes representa altísimo timbre de gloria, y comprendo que lo disputen encarnizadamente, y que busquen y revuelvan papelotes y acopien datos, a fin de asegurar tal prez. La cosa no es grano de anís. Por mi parte (sin la información detenida que requería el caso) me limito a repetir lo dicho ya hace tiempo: que de las dos partidas de bautismo cuyos facsimiles he visto, me satisface más la de Alcalá que la de Alcalá, pues evidentemente esta última dice *Carvantes* y no *Cervantes*, *Cortinas* y no *Saavedra*; pero hay, en los *Documentos cervantinos* del Sr. Pérez Pastor un facsimile que reza muy claro:

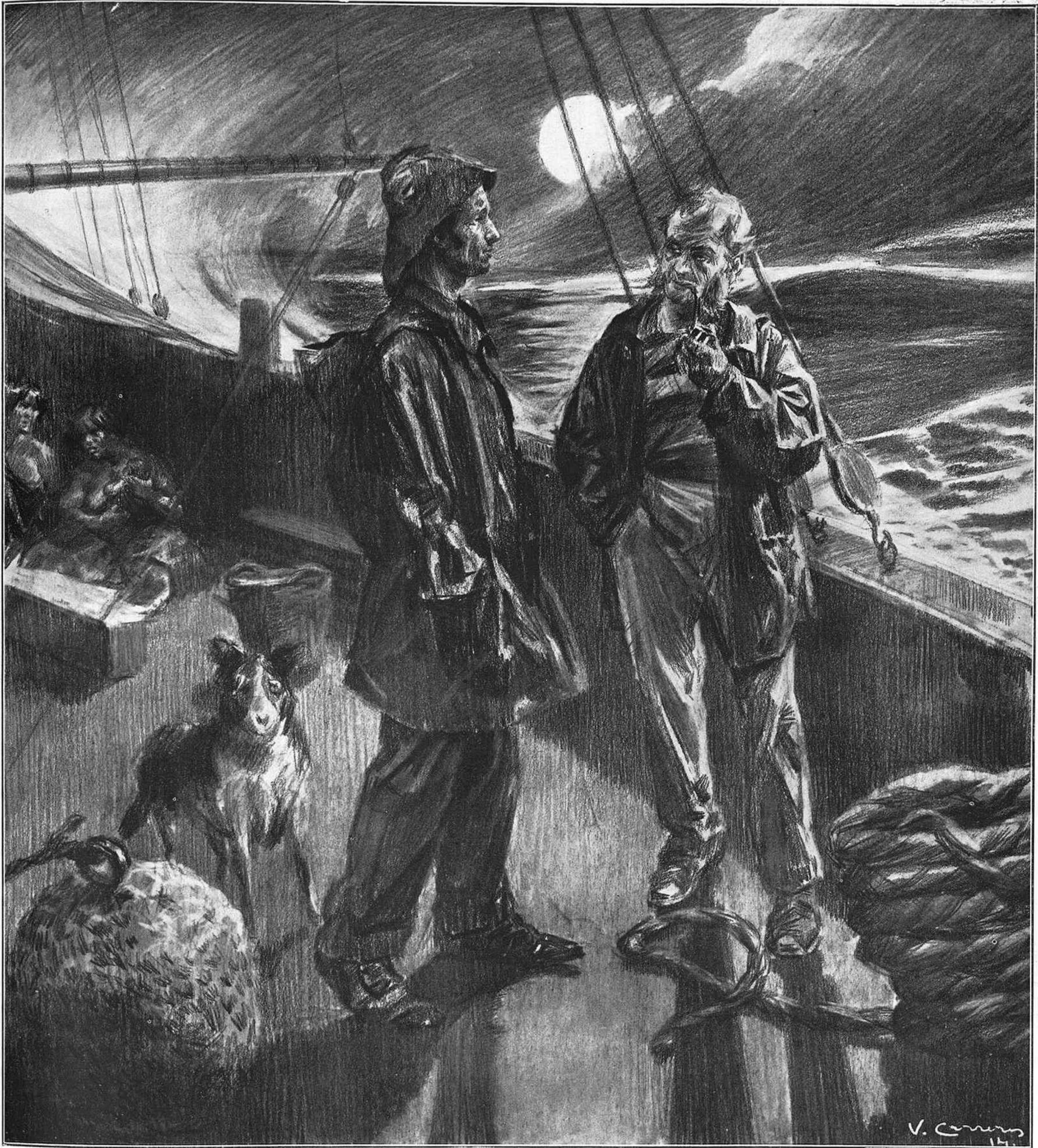
«Miguel de Cervantes, natural de Alcalá de Henares...»

Y lleva al pie la firma de Cervantes mismo... ¿Qué creer? Esperemos la campaña del Sr. Castellanos.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

REMORDIMIENTO..., POR B. MORALES SAN MARTÍN, dibujo de Carreres



- Nostramo... Esa mujer está enferma... Trae la fiebre de allá...

Volaba «La Joven Eugenia» cortando las espumas y mugidoras olas, que presto dejaba vencidas tras de su popa, pero amenazadoras en su impotencia para devorar al esbelto y audaz bergantín, acabado modelo de los astilleros levantinos.

Su capitán, hombre duro de rostro y de alma, audaz y temerario, y famosísimo en los anales marinos lo mismo por sus crueldades e infamias que por sus acciones heroicas, venía enfermo, con fiebre alta y cefalalgia aguda... Toda la tripulación temblaba cuando al capitán le dolía la cabeza: sabía cómo las gastaba aquel hombre que, joven aún, era un lobo de mar acostumbrado a tratar a la suerte como a una cortesana y a los hombres como a esclavos... ¡Y la fortuna le seguía siempre pródiga y dadivosa, y los hombres eran rebaño tras él!

El contra maestre, que junto a su capitán se sentía

capaz de las mayores audacias, lejos de él no se atrevía a tomar ninguna iniciativa, más por temor de disgustarle o de no adivinar sus deseos, que por falta de impulso propio. Así fué que al notar que la mar se levantaba furiosa y el viento se tornaba huracanado, llamó con su mano velluda y nudosa a la puerta del camarote de su capitán.

- ¿Quién va?, respondió presto una voz recia.

- ¡Capitán!.. ¡Mar gruesa... y un vendaval de todos los demonios! ¡Y el bergantín se bambolea como una hoja al viento!, respondió el viejo marino.

- ¡Cada uno en su puesto... y prevenidos! ¡Voy allá!

Y salió del camarote un mozo arrogante, que sosteniendo la siniestra mano la pesada cabeza y con la diestra abotonándose el recio chaquetón, se dirigió al timón seguido de su mastín.

Miró en torno suyo con sus ojos cargados y febriles; primero los densos nubarrones que arrastraba el vendaval por el horizonte como enormes pavesas de desconocido incendio, que ocultaban a trechos la luna, en espléndido creciente; luego las colosales montañas de agua negruzca que enfilaba y cortaba el tajamar del bergantín como afilado cuchillo.

- ¡Mala noche!, gruñó ásperamente.

- ¡Noche perra!, gruñó también como un eco el contra maestre.

De súbito, comenzó a balancear el barco, inclinandose excesivamente a sotavento a cada racha, y el capitán dijo rabiosamente:

- ¡Nos coge la mar y el viento de costado!

Y alzando la voz gritó con ahullidos que hicieron retemblar al bergantín desde la quilla al mastelerillo sobrejuanete:

— ¡Cazad! trinquete y cangreja y largad todas las velas! ¡Aferrad las que se puedan! ¡Timonel, cierra a sotavento!

Y con voz enronquecida por la rabia y la fiebre, ahulló al oído de su fiel mastín:

— ¡No podemos capear el temporal con el trinquete solo! ¡Tenemos la mar de costado, vienen los golpes duros y nos exponemos a desarbolar!

Pero observando que la maniobra era ejecutada con presteza y el buque obedecía dócilmente a ella, agregó con rugido de fiera satisfecha:

— ¡Así! ¡Aunque la fuerza de la vela nos haga hocar! ¡Pero ve y díles que ese trinquete no esté tan cazado... para que tenga menos arribada! ¡Ve, hombre, ve!

Corrió a proa el contra-
maestre, mientras el
capitán, observando la
maniobra, refunfuñaba:

— ¡Ya amainará el
viento cuando quiera el
infierno! Siempre ocurre
así... Cuando más esti-
bado llevo el barco y el
negocio es seguro..., la
mar me lo destripa. ¡Vo-
to a los!..

Y una asquerosa blas-
femia espumó en sus la-
bios y se la llevó el vien-
to, rozando las olas e
irritándolas más aún con
su cáustica baba...

Tornó el contra-
maestre al lado del capitán...

El bergantín balanceá-
base menos. La mar co-
gía apenas de costado
al barco y los golpes que
éste recibía eran menos
duros, menos peligrosos.

— ¿No estáis mejor,
capitán?, preguntó el
contra-
maestre.

— ¡No, no! ¡Esta ca-
beza! ¡Esta fiebre!

— ¿Queréis otra taza
de café?

— ¡No! ¡No me alivia
nada y me irrita y enfu-
rece más!

— Es el tiempo.

— ¡No es el tiempo! Son las noches sin dormir y las fiebres cogidas en las playas africanas... Pero no temas... ¡Ni yo he nacido para morir en la mar ni colgado de la verga de un crucero inglés!

Y reía como un fauno aquel hombre temerario que desafiaba a todo lo que se oponía a sus designios. Rió también el contra-
maestre y exclamó de súbito:

— ¡Buena jugada hicimos a aquel crucero inglés!
¡Ya nos creía cogidos con su zarpa!

Y en zumbona transición de su voz añadió:

— ¡Audacia como la vuestra, capitán! ¡Enarbolar la bandera inglesa y meternos en aguas de Cabo Verde! Donde carbonen los cruceros...

— ¡Lástima de tiempo perdido en aquel rodeo! Ya estaríamos en Cuba... y este maldito temporal no nos hubiera cogido... ¡Voto a los!..

Y tornó a espumarajar en su boca rasgada su blasfemia habitual; tornó a llevársela el viento y a rozar las ondas, irritándolas más su baba cáustica.

— ¡Pero esta cabeza mía... temo que estalle!.. ¡Oh! El contra-
maestre insinuó:

— Capitán, ¿por qué no os acostáis? Yo...

— ¡No, no! Yo no puedo dormir cuando mi barco y mi gente están en peligro...

Y mientras los dos hombres se agitaban como dos fantasmas junto al palo mayor, el viento agitaba con fuerza las gavias, velachos y juanetes que la gente no pudo aferrar; hacía silbar obenques y escotas y sobre las negruzcas aguas empujaba al velero bergantín, que a la luz fantástica de la luna semejava un ave colosal que apoyara sus negras patas en las ondas y abriera al viento sus blancas y voladoras alas...

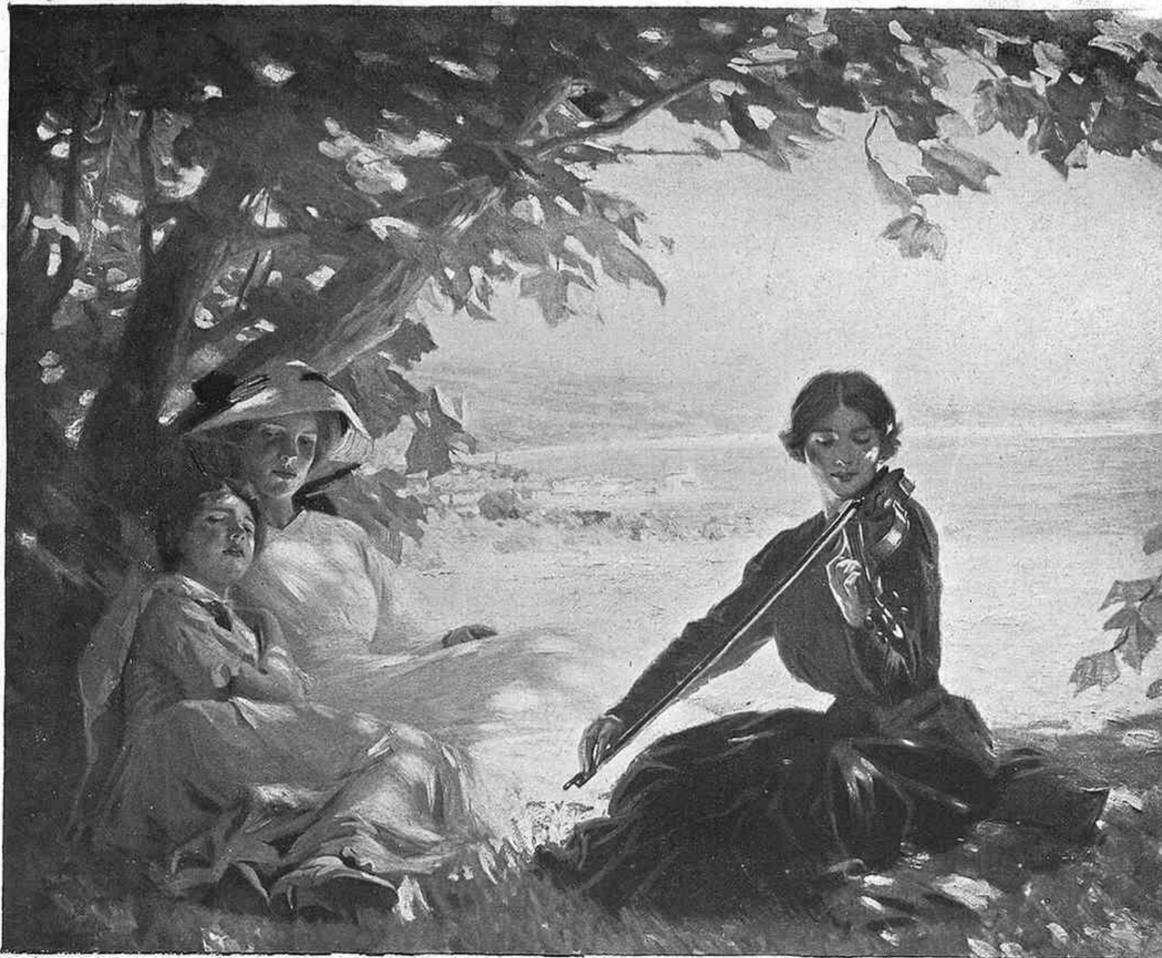
Allá, en lo más oscuro de la cubierta, agrupadas al pie del trinquete, como siniestros gnomos, estrechándose unas contra otras para no estorbar las maniobras de los tripulantes, unas sombras negras, negríssimas, acusaban en la oscuridad vagos y sombríos contornos de mujer... Hablaban en voz baja, contenían suspiros y lamentos, plegarias y maldiciones, y miraban con ojos fosfóricos a los marineros, que las apartaban con el pie gritándoles ásperamente:

— ¡Aparta, mala bestia!

Aquellas sombras femeninas eran parte del carga-

mento, «del negocio» que preocupaba al capitán.

Bajo, en la bodega, amarrados por los pies o codo con codo, estaban los pobres negros, arrancados de las playas africanas con engaños o vendidos por un reyezuelo codicioso, que así se deshacía de súbditos turbulentos o de vecinos peligrosos, y «La Joven Eugenia» llevaba como mercancía viva a los mercados de la Isla de Cuba, donde eran cotizados a buen precio por el audaz capitán. Ellos sabían que arriba sueltas, pero vigiladas, iban sus hembras, sus hermanas, sus hijas; y conocedores de su suerte, resignados a ella, no pedían a su Dios sino que la esclavitud no los separara de aquellos pedazos de su corazón, que



Concierto campestre, cuadro de Haroldo Knight

también los infelices negros tenían y tienen corazón.

¡Oh! El capitán, un levantino muy ambicioso y gran marino, vió en el tráfico del «ébanio vivo», como entonces se decía, el medio de amasar una fortuna en menos tiempo que comerciando honradamente y se hizo «negrero». Y nuestro levantino fué el «negrero» de mayor nombradía y mejor fortuna de cuantos cruzaron el Océano con su peligrosa carga. ¡Nunca se le malogró un cargamento! ¡Jamás lograron darle caza los buques del almirantazgo inglés! Decíase que estaba redondeando su fortuna, que en los Bancos españoles tenía ya una millonada..., pero aquella noche hubiera dado su barco y «su carga» y parte de su fortuna por verse libre de aquella maldita cefalalgia que le enloquecía por momentos.

Cuando más agudo era su dolor, el llanto desesperado de una criatura estalló a proa y el contra-
maestre corrió allá.

— ¡A ver cómo haces callar a ese demonio! El capitán está enfermo..., ¿oyes?, ¿sabes?

La negra no entendió las palabras, pero sí el sentido de aquellos sonidos ásperos y desabridos, y balbuceó en su lengua extraña súplicas, excusas, perdones. Pero el infante arreciaba su llanto.

Un marinero se acercó:

— Nostramo... Esa mujer está enferma... Trae la fiebre de allá..., y ese niño estará malito también...

El contra-
maestre dijo brutalmente:

— ¡Con tal que llegue viva a la Habana!

Y tornó al lado del capitán.

Éste se retorció como un reptil sobre unas lonas, martirizado por lo agudo de su dolor. Al sentir junto a sí a su mastín, rugió:

— Pero ese niño..., ¿no calla?

— Está enferma su madre...

— ¿Y qué?, rugió otra vez el negrero.

— Que él lo estará también...

— ¿Qué me importa?, escupió con rabia el capitán.

Tornó el contra-
maestre junto al trinquete... Todas las negras se desvivían para hacer callar al chillón infante, inútilmente. La madre tornó a darle el pecho, intentando ahogar con sus senos aquel llanto que podía costar caro a los dos.

— ¿Le haces callar o no?, gritó el contra-
maestre a la negra, poniendo la diestra amenazadora sobre su hombro desnudo...

La piel de aquella mujer estaba seca, áspera y ardía como brasa. Como si el niño quisiera contestar al nostramo, apartó violentamente la cabecita del seno de su madre y siguió lanzando agudos chillidos. Fué a inclinarse el contra-
maestre sobre la madre y el hijo, amenazador y terrible; pero ya venía hacia ellos el capitán como león irritado... Lanzóse sobre el grupo sombrío, sin decir palabra, arrancó al niño del regazo de su madre, cogiéndole por los pies, y haciéndole describir una vuelta en el aire, lo tiró por la borda al agua.

¡Lo que ocurrió entonces fué instantáneo, tremendo, grande, sublime! Levantóse la pobre negra enferma, como leona herida en su cachorro, miró al capitán con ojos de fuego, irresistibles, y de un salto subió a la borda y se tiró al mar.

— ¡Cogedla, cogedla!, pudo gritar el negrero cruel, sobrecogido un momento al ver «aquel puñado de onzas» que se le escapaba al mar...

Unos instantes después, como si aquel sacrificio humano hubiera aplacado la furia del Océano, el viento comenzó a ceder, las ondas domeñáronse paulatinamente, la luna brilló espléndida en un cielo limpio de nubarrones y nieblas, y «La Joven Eugenia» seguía su marcha triunfadora siempre, gallarda y arrogante, a las Antillas, donde el brillo del oro haría olvidar al feroz levantino el recuerdo de aquella noche borrascosa y trágica.

* * *

Espesas alfombras apagan los pasos de solícitas enfermeras en suntuosa estancia. Manos cariñosas entornan las discretas persianas por que la luz de la luna hiere y ofende los ojos del moribundo...

Los hijos y los nietos del anciano banquero rodean su lecho o salen tras los doctores preguntando afanosos cómo podría la ciencia prolongar la preciosa vida del enfermo. ¡No aman el dinero, no, ni los tesoros que posee el moribundo! ¡Aman su vida y quieren dilatarla, porque fué padre bondadoso y amantísimo, amigo generoso y espléndido de todos!

De pronto el enfermo se agita; al colapso sucede otra vez el delirio y el enfermo balbucea palabras ininteligibles, frases oscuras, truncadas. ¡Parece que declama un mal ensueño, sin sentido para sus hijos!

La esposa, que gime junto al lecho del dolor, levántase despavorida al oír las palabras del agonizante... y hace salir a sus hijos de la alcoba. Ella calmará con palabras de amor el delirio del doliente. Éste gime:

— ¡No..., no hay perdón! ¡Todas mis culpas perdonadas..., perc aquélla no! ¡No, no puede ser! ¡Aquella mirada irresistible, de fuego..., la veo aún! ¡Aquel llanto del niño..., aquel grito último al caer al mar, están aquí..., aquí!..

Y en su delirio se golpeaba el pecho, las sienes y los oídos el ilustre enfermo, mientras la dama de blancos cabellos, humillada la cabeza sobre el lecho de su martirio, lloraba ríos de lágrimas y rezaba con desesperación para apagar con su rezo el murmullo estertoroso del moribundo..., que seguía:

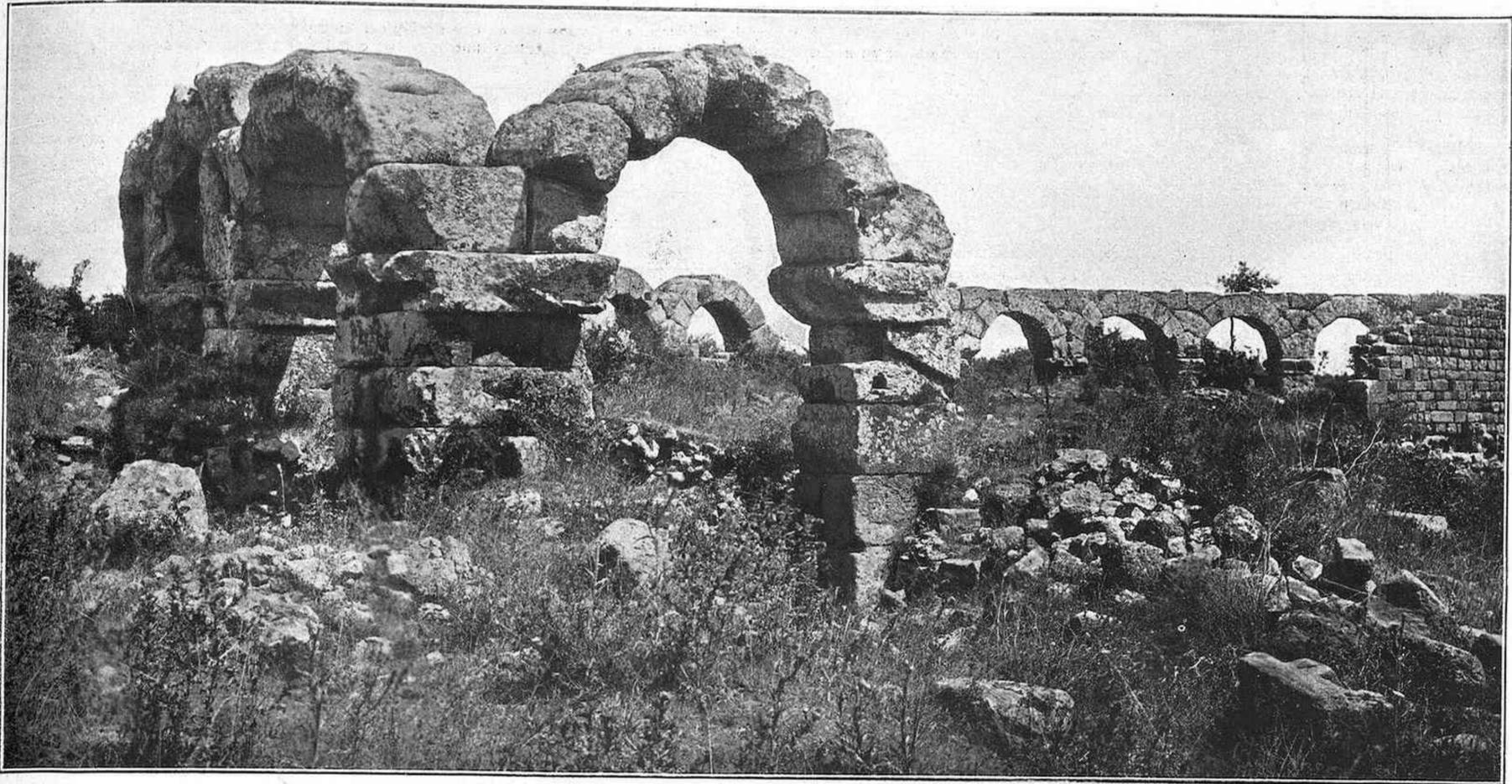
— ¡La negra me mira..., abrasa su mirada..., me sigue toda la vida..., me mira aún!.. ¡Pobre madre, el último ahullido de tu hijo es mi mayor castigo! ¡Pero déjame ya..., no me mires..., abrasan tus ojos mi alma!.. ¡Aparta..., espectro..., déjame morir en paz..., apaga ese fuego... de... tus... ojos!..

Y cae su cabeza sobre las finas batistas del lecho...

Y a los pies de la cama llora su eterno martirio la dama de blancos cabellos, y fuera, los inocentes hijos dícense unos a otros con sentido acento:

— ¡Pobre padre! ¡Maldita fiebre! ¡Padre mío!.., ¿cómo endulzar tu agonía y desvanecer tu delirio?

IMPORTANTES EXCAVACIONES EN FERENTO (ITALIA)



Arcadas del grandioso teatro romano



Fachada y vista interior del teatro romano. (De fotografías de Carlos Abeniacar.)

Desde hace algunos años hállase constituida en Viterbo, gracias a la generosa iniciativa del duque Lante della Rovera y con la colaboración de varios ciudadanos, una sociedad arqueológica que tiene por objeto la exploración, con fines eminentemente científicos, del área de la antigua ciudad de Ferento y la formación de un museo en donde se guarden todos los objetos que en el curso de las excavaciones se vayan descubriendo.

Los resultados hasta ahora obtenidos son verdaderamente brillantes, porque en primer lugar se ha encontrado el importante edificio de las Termas, con sus amplias salas, sus pórticos, sus baños, su caldario, su tepidario y sus numerosos pavimentos. Además se ha puesto al descu-

bierto una magnífica calle romana perfectamente embaldosada, y se ha desenterrado cerca de una mitad del grandioso teatro romano, dos de cuyas vistas parciales reproducen los grabados adjuntos.

Las numerosas inscripciones encontradas dan las primeras noticias históricas de la Ferento romana, ciudad que alcanzó gran esplendor, especialmente durante el siglo de oro del Imperio y de la que fueron oriundos el emperador Marco Silvio Otón y un número muy considerable de magistrados, decuriones y augustales que enriquecieron su ciudad natal con magníficos edificios públicos que las excavaciones recientemente emprendidas van descubriendo paulatinamente.

MÉXICO. - LA CONFERENCIA DE NIÁGARA FALLS. CONSTITUCIONALISTAS Y FEDERALES

La conferencia de Niágara-Falls ha podido al fin resolver, no sin antes haber tenido que vencer grandes dificultades, el conflicto entre el gobierno de los Estados Unidos y el del general Huerta, y ha logrado al mismo tiempo un arreglo satisfactorio de las cuestiones internacionales relacionadas con el problema mexicano.

Las bases principales de estos arreglos consisten en la renuncia por parte de los Estados Unidos a exigir indemnización ni reparación por el agravio inferido a la bandera norteamericana; en confiar a comisiones internacionales la solución de las cuestiones relativas a los perjuicios sufridos por los extranjeros, y en conceder una amnistía a los extranjeros por delitos políticos.

En protocolos anexos se ha estipulado que Veracruz continuará, hasta nueva orden, ocupada por las tropas yanquis, si bien los signatarios se comprometen a que dichas tropas sean ulteriormente retiradas, así como a que abandonen aquellas aguas los buques que allí tiene la República de los Estados Unidos.

Los representantes de las potencias A. B. C. se han declarado plenamente satisfechos de los resultados obtenidos y la prensa de sus respectivos países les dedica grandes elogios, estimando la solución acordada como un verdadero triunfo para la diplomacia panamericana.

Los conferenciantes de Niágara-Falls han querido abordar también el problema interior de México y buscar una fórmula que permita poner término a las luchas sangrientas que, desde hace tanto tiempo, tienen turbada la paz en aquella República; pero en este punto no parece tan fácil llegar a una solu-

ción, porque para ello sería preciso que federales y constitucionalistas se pusieran de acuerdo sobre el modo de nombrar un gobierno provisional, y por ahora Carranza y los suyos no quieren entrar en negociación alguna si previamente no dimite

Huerta para el establecimiento de un nuevo gobierno provisional, afirmando que el porvenir de la República depende de esta acción común y añadiendo que el presidente está dispuesto a negociar con los constitucionalistas y aun a presentar la

dimisión si con ello se aseguraba el restablecimiento de la paz. Terminó el señor Ruiz su discurso expresando la esperanza de que la mediación de las potencias sudamericanas determinará una unión más estrecha de las naciones de América y haciendo constar la eterna gratitud que guardará el pueblo mexicano a las tres repúblicas latinas que han cooperado al mantenimiento de la independencia de México.

Los constitucionalistas, sin embargo, se niegan en absoluto, como antes decimos, a entablar negociaciones, ni siquiera oficiosas, con los representantes del general Huerta y así lo ha comunicado a los Estados Unidos el general Carranza, quien está resuelto a rechazar toda mediación ulterior y a proseguir su avance sobre México, confiado en que esta capital no ha de tardar mucho tiempo en caer en su poder.

Esto no obstante, se cree que el gobierno de Washington continuará ejerciendo presión para que los dos partidos en lucha se pongan al habla y encuentren una fórmula que

ponga término a la tan odiosa y encarnizada guerra civil.

Los constitucionalistas se han apoderado últimamente de Saltillo, en donde el general Carranza ha establecido provisionalmente su capital, de Zacatecas y de Guadalajara, y en el momento en que escribimos estas notas atacan Guaymas y San Luis de Potosí y se disponen a atacar Orizaba, Esperanza y Maltrata, ciudades situadas entre Veracruz y México.



Entrada de los constitucionalistas en Saltillo

el general Huerta, y éste, mientras por un lado dice estar dispuesto a presentar la dimisión, por otro acepta que en las elecciones últimamente efectuadas se le reelija para la presidencia de la República. Recientemente el ministro de Hacienda mexicano Sr. Ruiz ha hecho en el Senado algunas declaraciones importantes acerca de este particular, excitando a los constitucionalistas a que se entiendan con el gobierno del general



Saltillo. - El general Carranza arengando a la multitud. (De fotografías remitidas por Carlos Trampus.)

INCENDIO DE LA CIUDAD DE SALEM

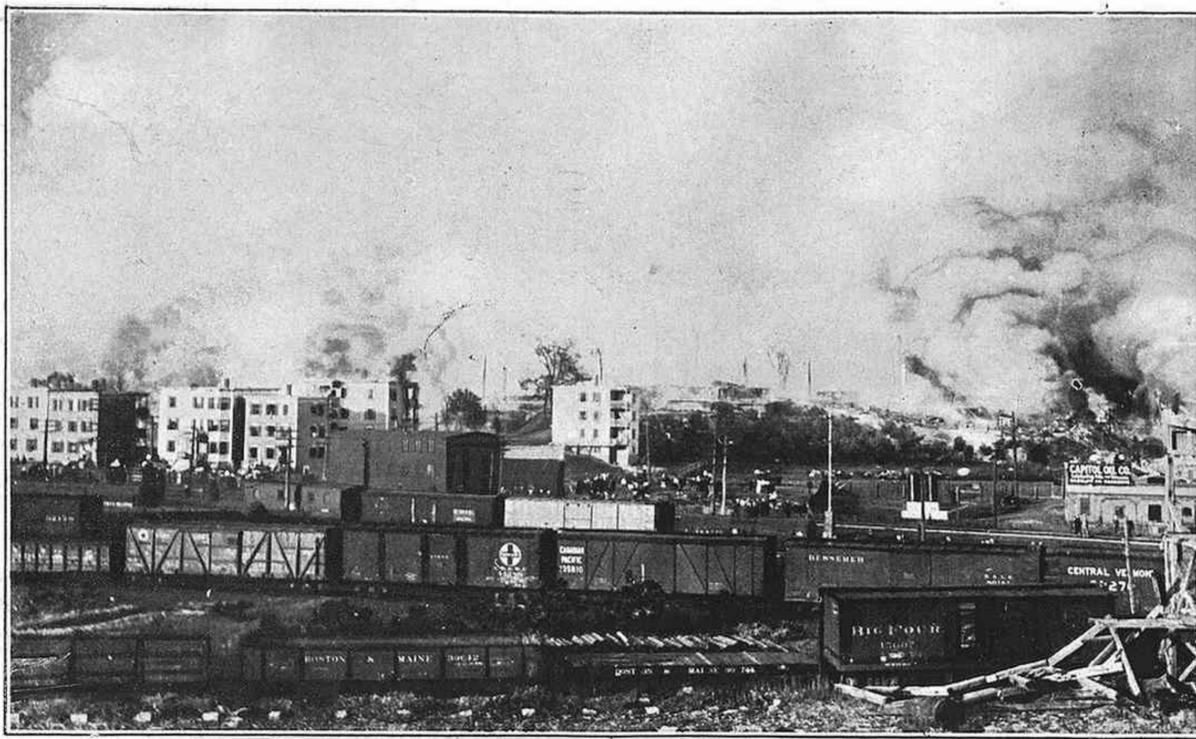
La mitad de la ciudad de Salem, importante población situada en el Estado de Massachussets (Estados Unidos) ha sido destruida recientemente por un violento incendio. El fuego se inició en una fábrica y desde ésta se propagó a otras fábricas vecinas, no tardando en extenderse por todo el barrio y luego por los barrios limítrofes, y habiendo durado toda la tarde y toda la noche.

Varias personas perecieron y más de diez mil se han quedado sin albergue. Las pérdidas materiales se estiman en más de cien millones de pesetas, lo que se explica por haber quedado enteramente destruidas innumerables casas y quintas de recreo y muchas manufacturas de gran importancia. Las compañías de seguros calculan que los perjuicios que el incendio les ha ocasionado ascienden a más de 1.215.000 dólares (6.075.000 pesetas), sin contar las cantidades que representan los contraseguros.

que los parisienses conmemoran anualmente el aniversario de la toma de la Bastilla.

Desde las primeras horas de la mañana, un gentío inmenso llenaba las inmediaciones del campo de

fuerzas de ingenieros; la segunda, por la brigada colonial y por tres divisiones de infantería; y la tercera, por una división de caballería, la artillería y el tren de equipajes.



La ciudad de Salem (Estados Unidos) después del espantoso incendio que ha causado muchas víctimas y enormes daños (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

A las ocho, todo el elemento oficial hallábase reunido en las tribunas y poco después apareció, escoltada por una sección de coraceros, la carretela que conducía al Presidente de la República, al ministro de la Guerra y al general Joffre, jefe de Estado Mayor general del ejército. El general Michel, gobernador militar de París, adelantó a recibir al Sr. Poincaré y a sus acompañantes, quienes, en unión de los oficiales extranjeros y de los estados mayores del ministro y del gobernador militar, revisaron sucesivamente las tres líneas. Terminada la revista, el Presidente de la República procedió a la entrega de sus banderas a los regimientos creados en virtud de las últimas leyes de los cuadros y

carreras. Poco después de las siete y media, las tropas que habían de tomar parte en la revista forma-

a la de condecoraciones a varios generales, entre ellos los generales Joffre y Archinard, a quienes impuso el gran cordón de la Legión de Honor. Al mismo tiempo, procedíase a la distribución de cruces entre varios oficiales superiores y subalternos de cada división.

Después de estos actos, el Sr. Poincaré instalóse en la tribuna presidencial, comenzando inmediatamente el desfile de las tropas que resultó brillantísimo y al final del cual los regimientos de caballería efectuaron la tradicional carga hacia las tribunas que, como todos los años, fué acogida con entusiastas aclamaciones.

A la revista concurrieron veinte aviones militares, quince biplanos y cinco monoplanos, procedentes de los centros de Villacoublay, de Buc y de Saint-Cyr, que efectuaron toda clase de evoluciones a alturas que variaban entre 800 y 1.000 metros.

El Presidente de la República, a la salida de la revista, dirigió una carta al ministro de la Guerra expresando la admiración que le había producido el estado de las tropas, de las que Francia puede sentirse con razón orgullosa, y encargando que se transmitiesen sus más calurosas felicitaciones a los oficiales, clases y soldados de todas las armas.



París. La revista del 14 de Julio. - El Presidente de la República condecorando a varios generales

La ciudad de Salem es conocida también con el nombre de «ciudad de las brujas» porque una antigua leyenda aseguraba que en otro tiempo había sido frecuentada por hadas maléficas que embriagaban a los habitantes. Según la propia leyenda la población no recobró la tranquilidad hasta después de haber dado muerte a las brujas, que fueron quemadas vivas; y aun se enseñaba a los turistas el sitio en que se efectuó aquel auto de fe, y que da la casualidad de que está situado a muy pocos metros de distancia del lugar en donde se alzaba la fábrica en donde se inició el incendio que ha destruido recientemente una gran parte de aquella población.

PARÍS

LA REVISTA MILITAR DEL 14 DE JULIO

Con la animación de costumbre celebróse el día 14 de este mes en el hipódromo de Longchamps la revista militar que constituye el número más saliente y popular del programa de los festejos con-

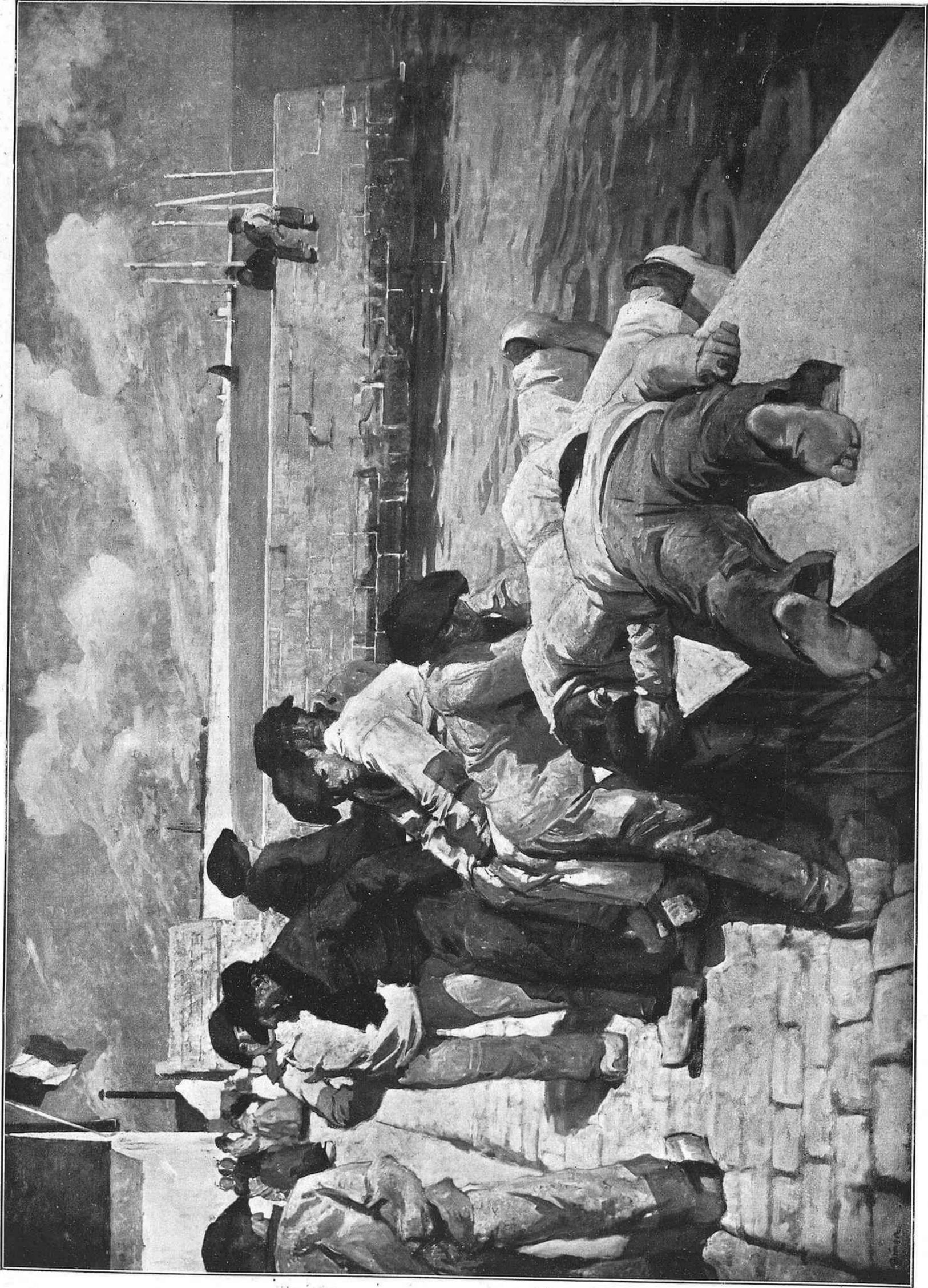


El Presidente de la República entregando sus banderas a los regimientos últimamente creados. (De fotografías de Branger.)

ron en tres grandes líneas constituidas: la primera, por las escuelas militares, las tropas especiales y las

El ministro trasladó inmediatamente esta carta al gobernador militar de París.

PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1914



EN EL MUELLE, cuadro de Luciano Simón. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

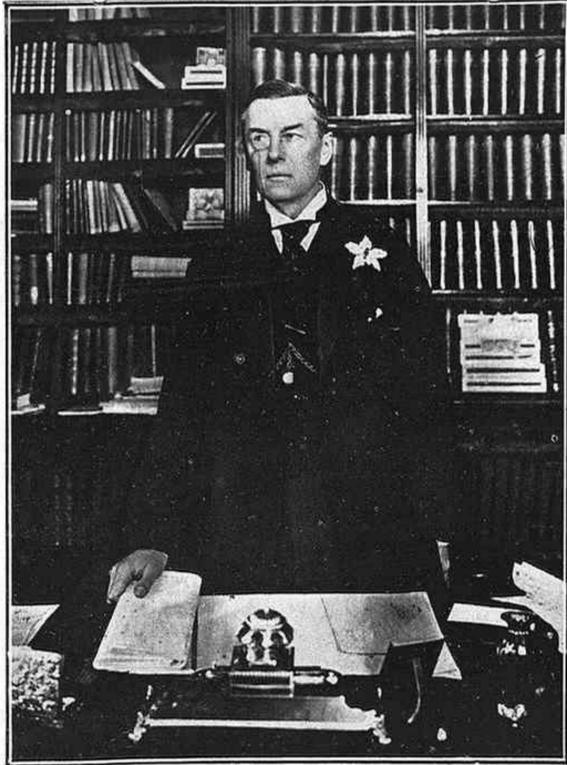
PARÍS. - SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1914



REFLEJOS, cuadro de L. A. Tessier. (Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)

MR. JOSÉ CHAMBERLAIN

A la edad de setenta y ocho años ha fallecido recientemente en Londres este ilustre hombre de Estado, en quien se encarna todo un período de la historia inglesa contemporánea y que fué el representante o más bien el creador del imperialismo británico.



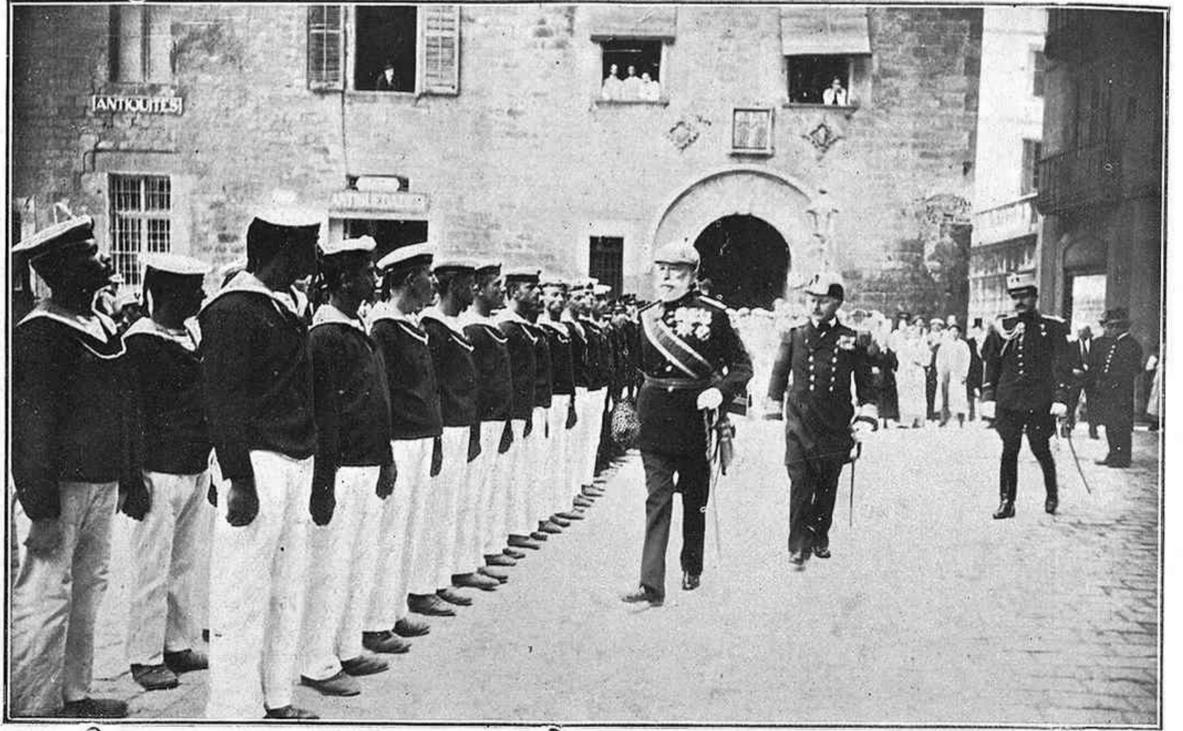
Mr. José Chamberlain, eminente hombre de Estado inglés fallecido en Londres el día 3 del actual. (De fotografía remitida por Carlos Trampus.)

empresa industrial de un tío suyo y tanto talento demostró en la organización y explotación de aquel negocio, que veinte años después pudo retirarse con una cuantiosa fortuna. En 1876 fué elegido diputado por aquella ciudad, de la que antes había sido alcalde.

pre unidas a la corona británica. Con ocasión de aquella guerra, Chamberlain hizo impopular en todas partes; pero él, despreciando aquella impopularidad, logró imponer su criterio al gabinete, inspirándose únicamente en los altos intereses de su patria.

abundaban bellas y elegantes señoras y señoritas de la sociedad barcelonesa.

Después de una carrera de 50 metros de los Exploradores barceloneses, en las que ganaron las seis medallas de plata ofrecidas por el Club de Natación los Sres. Bertó, Ayats, Be-



Barcelona. - El capitán general Sr. Villar y Villate revistando la tripulación del crucero austriaco Karl VI, después de las exequias celebradas en la Catedral en sufragio del archiduque Francisco Fernando y de su esposa, asesinados en Serajevo. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Fuó asimismo proteccionista entusiasta y a la propaganda del proteccionismo dedicó todas sus energías en los últimos años de su vida política activa; mas todos sus esfuerzos se estrellaron ante la tradición netamente librecambista del pueblo inglés.

En 1903, muy quebrantada su salud, abandonó el ministerio y tres años después hubo de renunciar en absoluto a la vida pública, por hallarse imposibilitado físicamente a consecuencia de una parálisis.

Inglaterra ha perdido con él a uno de sus políticos más ilustres y al patriota ardiente que con voluntad de hierro y mirando sólo por los intereses de su país, supo arrollar y vencer, sin reparar en los medios, cuantos obstáculos y cuantas dificultades pudieran oponerse al engrandecimiento del imperio británico.

BARCELONA

NOTAS DE ACTUALIDAD

Fiesta de natación. - Brillante en extremo ha resultado

llo, Rocafort, Gallart y Vidal, y de otra de 60 metros para neófitos en la que vencieron Berdemar (fuera de concurso), Russell, Siqué y Puig, efectuóse la de 400 metros entre tres nadadores del Hérculis y tres del Barcelona, que fueron clasificados por el orden siguiente: Bonelli, Cuadrada, Cimavilla, Rodríguez, Montier y Vila, los primero, tercero y quinto del club Hérculis, y del club Barcelona los segundo, cuarto y sexto.

Jugáronse luego dos partidos de wáter-polo, uno entre los equipos Barcelona y Athletic y otro entre los equipos Barcelona y Hérculis; en el primero, ganaron los del Barcelona por



Equipo del club «Hérculis» de Mónaco que ganó el partido de wáter-polo. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

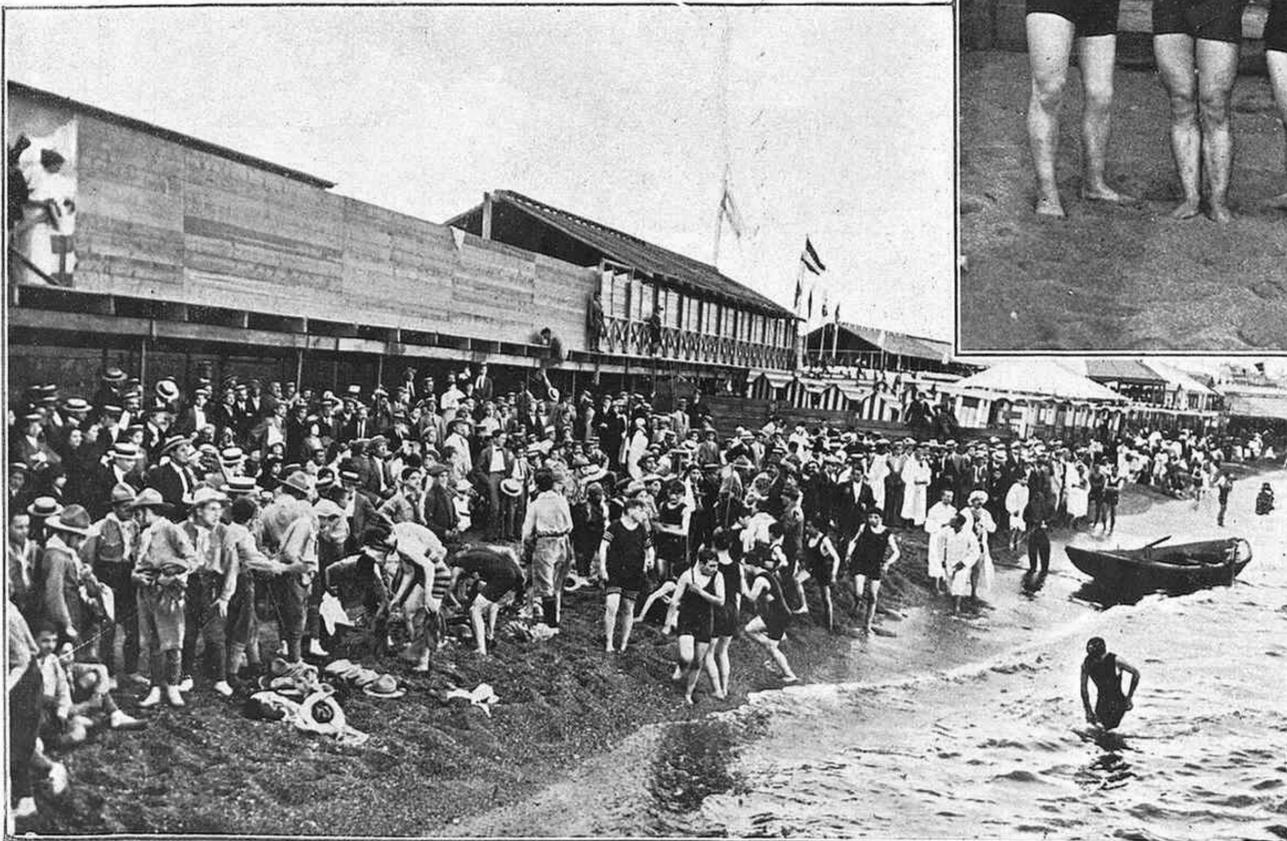
4 goals a 0, y en el segundo, que fué interesantísimo, los del Hérculis por 3 goals a 0.

Funerales en sufragio del archiduque Francisco Fernando de Austria y de su esposa. - Solemnísimos fueron los funerales que en sufragio del archiduque heredero de Austria y de su esposa se celebraron el día 13 de este mes en esta Catedral Basílica.

Asistieron a ellos las autoridades locales, el cuerpo consular, la oficialidad y marinería del crucero austriaco Kaiser Karl VI, representantes de numerosas corporaciones y entidades oficiales y particulares y otras muchas personalidades distinguidas.

Ofició el canónigo Dr. Baranera, asistido de los capitulares doctores Pla y Deniel y Moreno, y se cantó la misa de Requiem del maestro Gargallo llamada de los canónigos.

Terminado el oficio, la tripulación del crucero austriaco Kaiser Karl VI formó delante de la puerta principal, siendo revistada por el capitán general de esta región señor Villar y Villate.



Barcelona. Fiesta organizada por el Club de Natación Barcelona. Aspecto de la playa poco antes de empezar la carrera de los Exploradores (boy-scouts) barceloneses

rra por el Sur de Africa y el resultado de su política en aquel entonces fué la guerra boer y la consiguiente conquista de las Repúblicas del Transvaal y Orange, que quedaron para siem-

esta fiesta organizada por el Club de Natación Barcelona con la cooperación valiosa del Club Hérculis, de Mónaco, y a la que asistió numerosa y distinguida concurrencia en la que

esta fiesta organizada por el Club de Natación Barcelona con la cooperación valiosa del Club Hérculis, de Mónaco, y a la que asistió numerosa y distinguida concurrencia en la que

EL JURAMENTO DE NADIA

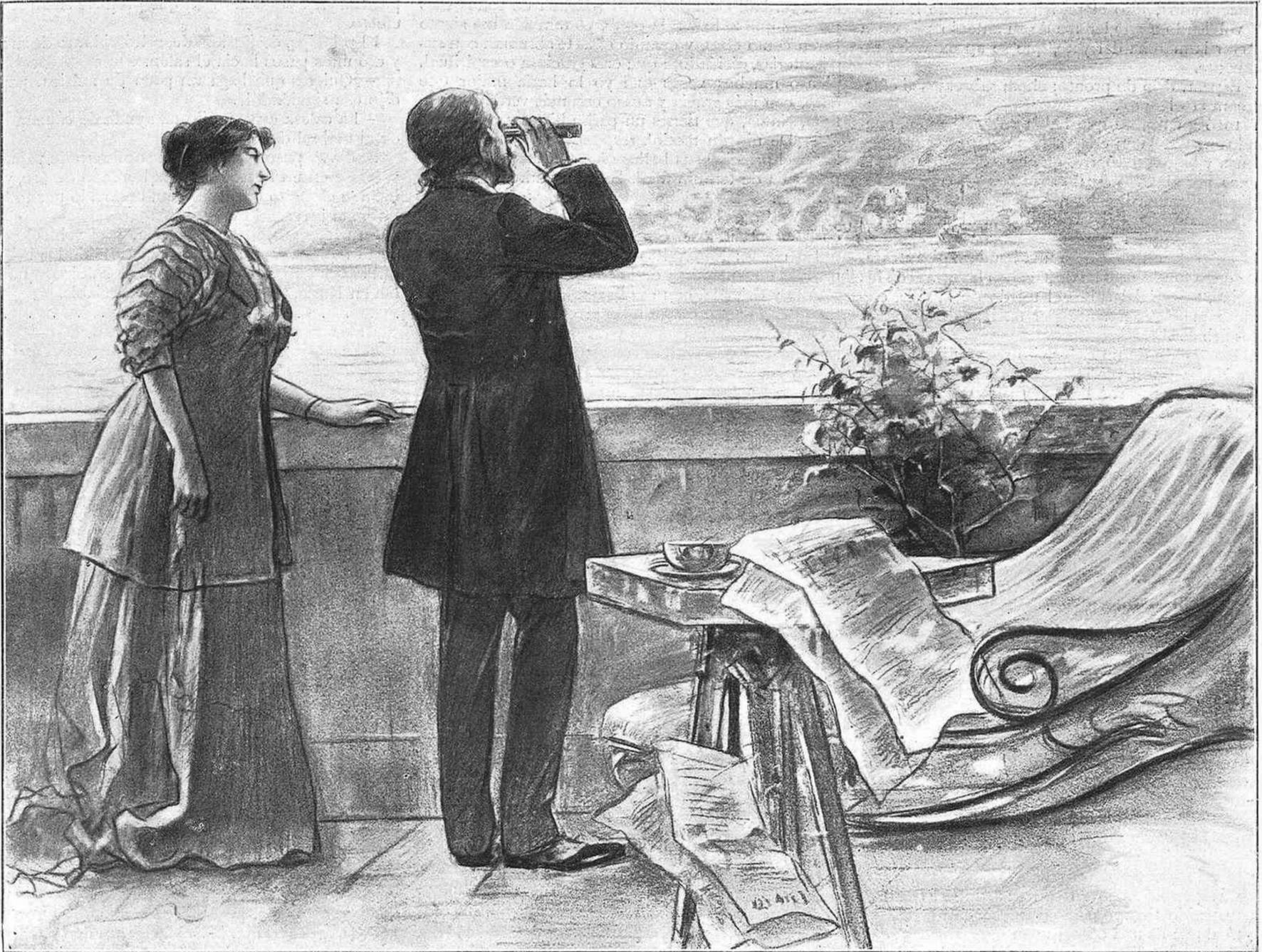
NOVELA ORIGINAL DE ENRIQUE GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

I

El príncipe Roubine, reclinado en una mecedora de bambú, en la que indolentemente se balanceaba,

A la izquierda, las villas diseminadas entre el follaje y la costa fugitiva que parecía querer sustraerse a las caricias del mar, eran un dulce reposo para los ojos y para el espíritu.

para las nueve la calesa y el tronco bayo, dijo ella.
- Muy bien, dijo indolentemente aquel padre tan dichoso. Pero siéntate Nadia; no me dejas ver un vapor que está llegando a Cronstad.



Y volviendo a apoderarse de su antejo púsose a observar la marcha del yate

fumaba, después de comer, su acostumbrado cigarro, en la terraza, contemplando al mismo tiempo el paisaje iluminado con destellos de oro por los posteros rayos del ocaso.

Ante sus ojos, extendiase el dilatado golfo, cuya orilla derecha esfumabase en la tenue bruma de un vapor más oscuros las masas graníticas de la costa de Finlandia; las azules ondas iban a lamer mansamente las orillas de su jardín, cuyas grandes avenidas descendían hasta el mar. A la derecha, la villa de Peterhof se extendía en forma de anfiteatro, haciendo gala de la ficticia animación de las estaciones veraniegas de moda, durante los tres meses de la temporada de verano.

Los vaporcitos que hacen el servicio de San Petersburgo lanzaban estridentes silbidos, mientras de sus chimeneas salían compactas espirales de humo; numerosos pasajeros, llegados para escuchar la música en los jardines imperiales o para pasar la tarde con algún amigo, desembarcaban alegremente; oficiales de todas las armas, vestidos con sus elegantes uniformes, recorrían el muelle; los trajes claros de las damas semejaban otras tantas flores, resaltando sobre la sombría masa de verdura del parque; y toda la exuberancia de la vida mundana de la alta sociedad rusa, parecía compendiarse en aquel delicioso rincón.

El príncipe estaba hastiado de la contemplación de la villa, y tal vez más aun de la del mar y del paisaje; pero seguramente no lo estaba del humeante y delicioso café, del cigarro exquisito y de la cómoda butaca; goces que con la costumbre aumentaban en intensidad en vez de disminuir; así es que arrellanóse en su sillón con un gesto de bienestar en el mismo momento en que su taza de café fué a colocarse cerca de su mano como por arte de encantamiento.

- ¡Vaya un padre más malo que tengo! ¡Ni siquiera me da las gracias!, dijo una voz con expresión burlona, en tanto que una manecita suave y acariciadora posábase sobre los hombros de Roubine.

- ¿Eres tú, Nadia?, exclamó él volviéndose.

- ¡Sí, yo soy! ¿Acaso te sabría tan bueno el café, si te lo sirviera otra mano que no fuera la mía?

El príncipe cogió la mano de su hija, contemplóla atentamente, dándole vueltas a las sortijas; y luego mirando sonriente el lindo rostro que se inclinaba hacia él, la respondió:

- ¡Claro está que no! ¿Qué hay esta tarde?

- La gente va a oír la música. El programa de hoy no puede ser más sugestivo; correrán las fuentes iluminadas por la luz eléctrica... Esto, unido al magnífico concierto...

- ¡Qué derroche!, ¿Iremos nosotros?

- Ciertamente. Ya he mandado que enganchen

La joven volvióse vivamente; colocóse una mano ante los ojos, cegados por el sol, y miró con fijeza al gran navío que, después de hacer algunas hábiles maniobras, fué a detenerse ante la fortaleza de granito.

Las lanchas hormigearon de repente en torno del vapor. El príncipe cogió un antejo de larga vista que tenía siempre a mano, y observó aquellos lejanos movimientos.

- No sé qué barco es ése, dijo después de un momento de atención.

- Algún buque alemán, respondió su hija con indiferencia.

Por un momento siguieron hablando de estas cosas; después Roubine volvió a coger su antejo.

- Mira ahora, Nadia, exclamó; mira un pequeño yate de vapor que viene hacia aquí.

Efectivamente; un elegante yate, de recreo, atravesaba el golfo, dirigiéndose a toda marcha hacia Peterhof, el pabellón flotaba ondulante en la popa, hundiéndose a veces en el agua, y en lo alto del mástil ondeaba un gallardete.

- ¡Yo creo que es Korzof!, exclamó el príncipe alegremente. Sí, es Korzof de regreso de Alemania. Ha venido embarcado para llegar en seguida a Peterhof; por eso ha hecho que su yate viniera a buscarle. ¡Esto me gusta mucho! ¡Nadia, si es Korzof, antes de dos horas estará aquí!

— No hace falta tanto tiempo, dijo tranquilamente la joven que estaba de espaldas al golfo.

— Concédeme siquiera el tiempo de hacer su *toilette*, observó su padre.

— Puede hacer esta operación a bordo de su yate, respondió Nadia con el mismo tono frío de antes.

— ¡Pero qué indiferente estás!, exclamó el príncipe dejando su antejo y mirando fijamente a su hija. ¡Yo siempre creí que tú profesabas algún afecto a Korzof!

— Y así es efectivamente, replicó la joven, pero ya sabe papá que yo no demuestro mi afecto como los perros, que dan cien vueltas ladrando al rededor del objeto de su ternura.

— Sí, sí, ya sé que tú estás por los sentimientos reconcentrados, dijo el príncipe levemente irónico.

Y volviendo a apoderarse de su antejo púsose a observar la marcha del yate, que se aproximaba rápidamente.

— Espera, dijo de pronto; ahora sabremos si efectivamente es Korzof.

Y tocó un timbre que había sobre la mesa, acudiendo en seguida un criado. El príncipe dió algunas órdenes y bajó al parterre, que estaba separado de la ventana por algunos escalones.

Desde allí, una brecha abierta hábilmente al través de los árboles del jardín dejaba al descubierto una parte del golfo.

Al cabo de un momento una bandera gigantesca, sobre cuyo fondo rojo se destacaban las armas de los Roubine, tremolaba sobre el tejado de la villa, elevándose majestuosamente por encima de las copas de los árboles.

El estampido de un cañoncito respondió a esta señal; y Nadia pudo ver la blanca humareda que se elevaba en la popa del yate, y cómo el gallardete del mástil, subía y bajaba rápidamente. A su vez la bandera del príncipe saludó tres veces; después bajó como un pájaro que pliega sus alas y por fin desapareció.

— ¡Es él!, dijo el príncipe alegremente. ¡Ha contestado en seguida! Estoy seguro que también él tenía su antejo asestado contra la terraza. ¿Qué te parece, Nadia?

Nadia no respondió.

El cañonazo había hecho enrojecer ligeramente sus pálidas mejillas. Volvióse y arrancó dos rosas de un rosal verdaderamente maravilloso, único e inapreciable ejemplar del célebre invernáculo de Roubine transplantado al parterre para recreo de los ojos y del olfato durante unos cuantos días, para morir después y ser reemplazado por otro.

Una calesa tirada por dos bayos, de estampa irreprochable, pasó a escape por el camino; el príncipe volvióse a tiempo de entreverlos o más bien de adivinarlos a través de la verja.

— El coche de Korzof que va a buscarle al desembarcadero. ¡Es precioso esto! Dime, Nadia, ¿se dispararía el cañonazo para nosotros o para sus caballos?

— Si no es que habían recibido órdenes de antemano, respondió la joven con su habitual frialdad, no han tenido tiempo para enganchar tan pronto.

— ¡Ah! ¡esa es una observación muy juiciosa!, dijo el príncipe mirando a su hija con el rabillo del ojo.

Uno de sus pasatiempos favoritos consistía en hacer rabiarse a su hija discretamente, sin aparentar que lo hacía con mala intención.

— ¿Vas a cambiar de traje para ir al concierto?, prosiguió él después de un corto silencio, durante el cual Nadia había cogido un manojo de flores, que dejó caer a sus pies, al volverse para escuchar su pregunta, no conservando en la mano más que las dos rosas.

Ella echó una mirada sobre su traje blanco de batista cubierto de encajes y contestó con la cabeza negativamente:

— Ya me he vestido antes de comer, añadió.

— Lo sé, pero creí que modificarías tus proyectos, continuó el príncipe con el mismo acento ligeramente burlón?

— ¿Por qué?, preguntó Nadia, mirándole de frente con un altivo resplandor en sus hermosos ojos oscuros.

— ¡Cuánto te quiero, hija mía!, dijo aquel padre dichoso, atrayéndola hacia sí para abrazarla. Yo soy un padre terrible y quisiera saberlo todo.

— Lo sabes todo, respondió ella con noble franqueza.

— Pues entonces quisiera adivinarlo todo, continuó Roubine, pasando el brazo de su hija bajo el suyo; adivinarlo antes de que tú misma lo supieras.

Nadia bajó la cabeza.

El príncipe continuó:

— Yo soy tu padre y tu madre a un mismo tiempo, mi querida Nadia; tengo miedo de no quererte

bastante, o de quererte mal, o de quererte demasiado; si tu admirable madre viviese yo estaría tranquilo respecto a tu felicidad, pero ya que hemos tenido la inmensa desgracia de perderla, es preciso que nos amemos más, y sobre todo que tengamos más confianza aún el uno en el otro... Pero yo no soy muy a propósito para inspirar confianza, Nadia...

— ¡Oh!, ¡papá!, dijo la joven con acento de reproche, inclinándose para besar la mano que retenía la suya.

— Quiero decir que yo soy un padre demasiado joven, un poco revoltoso, que no soy el hombre absolutamente serio y patriarcal que representa el ideal del padre. ¡Yo no tengo el aire de un confesor, Nadia!, ¡más bien tengo el aire de un camarada!, ¡esta es la verdad! Cuando te veo rodeada de todos esos jóvenes que te hacen la corte, yo también me siento joven como ellos, y cuando ellos te abrumen con sus galanterías, diciéndote que eres graciosa o espiritual, pienso muchos veces que yo lo haría mejor que ellos, con más gracia y acaso con más verdad. ¡Confiesa, Nadia, que tienes un padre bien raro!

— ¡De ningún modo!, respondió la joven alzando hacia el príncipe sus bellos ojos con una mirada impregnada de ternura filial. Eres un padre adorable y adorado.

— Y tú eres la más encantadora de las hijas, replicó Roubine, mirándola con orgullo.

En efecto; Nadia Roubine era una de las criaturas más encantadoras de la corte.

Alta y delgada, con esa flexibilidad de junco, que tan gran encanto presta a las jóvenes rusas, ostentaba con altivez la magnífica y oscura cabellera de tonos dorados que coronaba su gentil cabeza.

Sus hermosos ojos no habían mentido nunca; cuando la cortesía obligábalas a callarse, ellos protestaban o despecho de ella misma contra esta violación de la verdad.

Su boca, aunque un poco grande, era de firme y correcto dibujo, y su sonrisa descubría sus dientes un poco grandes, pero de forma y blancura irreprochables.

La joven princesa Roubine unía a esto un natural sentimiento artístico que la hacía huir de todo exceso de mal gusto, lo mismo en su modo de vestir que en todo lo que la rodeaba; por eso no estaba exenta ni de aduladores ni de envidiosos.

El padre y la hija detuviéronse en la terraza y la joven contemplaba el mar, que cambiaba de color a la moribunda luz del crepúsculo, cuando de pronto un coche se detuvo delante de la villa, y los caballos, quedándose inmóviles de improviso, hicieron resonar sus brillantes arreos de metal.

Casi en el mismo momento Dmitri Korzof apareció en el umbral de la puerta de cristales que llevaba a la terraza.

— Buenas tardes, príncipe, dijo, he visto su señal y me he tomado la libertad de venir a darle las gracias.

Él inclinándose ante la princesita que le tendía su mano, llevóse la respetuosamente a los labios.

— Al regresar aquí, después de una ausencia de cuatro meses, continuó Korzof, no pueden ustedes imaginarse cómo ha hecho latir mi corazón la sola vista de su bandera.

— ¿Más que si hubiera sido la bandera nacional?, preguntó la joven frunciendo ligeramente el entrecejo.

— No es lo mismo, respondió el recién llegado con una sonrisa que iluminó su rostro bondadoso e inteligente. La bandera rusa es la patria; la suya, princesa, es... la amistad.

— ¡No se atreve a decir la familia!, exclamó el príncipe riéndose, mientras que Korzof se ruborizaba y Nadia volvía la cabeza con aire descontento. Y no se atreve porque su hermana tiene unos celos horribles de todos sus amigos. ¿Sigue la condesa tan celosa como siempre?

— Más que nunca, respondió Korzof riéndose también. Pero esto no me impide, querido príncipe, quererle a usted como si fuese de mi familia, y mi hermana, que lo sabe, está encantada de ello. No tengo necesidad de preguntar cómo se encuentran ustedes; ya veo que el aire del mar le sienta a usted maravillosamente, princesa.

— ¡Qué ocurrencia llamarle a esto mar!, dijo Roubine, un brazo de golfo, sin mareas...

— Pero no sin tempestades, interrumpióle el joven viajero. Vamos, príncipe, sea usted indulgente, y deje que la gente se satisfaga con lo que tiene. Hay que ser filósofo, ¿no es verdad, princesa?

Nadia sonrióse, pero no dijo nada.

— ¿Vendrá usted pronto a oír la música?, preguntó Roubine, al ver que Korzof se disponía ya a marcharse.

— Sí; si no me iría tan pronto. Voy a echar una

ojeada por mi casa, y en seguida iré a reunirme con ustedes. Van ustedes, ¿no es cierto?

Nadia hizo con la cabeza un gesto afirmativo. El joven inclinóse ante ella, estrechó la mano del príncipe y, un momento más tarde, pasó la calesa por delante de la verja del jardín, al trote de sus soberbios caballos.

Roubine miró a su hija con el rabillo del ojo; ésta parecía estar muy tranquila; pero un ligero carmín teñía sus mejillas, de ordinario tan pálidas.

— ¿Cómo has encontrado a Korzof?, preguntó el príncipe a su hija, mientras pasaba su brazo bajo el suyo.

— Como siempre, papá, respondió ella tranquilamente. Un poco más moreno, pero esto es natural, pues un viaje por mar dicen que produce siempre ese efecto.

El príncipe, desilusionado, soltó el brazo de su hija y dió unos pasos hacia el salón.

— ¿Quieres que haga un poco de música, papá?, dijo ella siguiéndole.

— La calesa espera, dijo un ayuda de cámara desde el umbral de la puerta.

Nadia se puso un coquetón sombrero de paja, envolvióse en un ligero albornoz bordado de oro, y subió a su elegante cochecillo tan conocido por toda la brillante juventud de Peterhof.

Su padre sentóse junto a ella, y el vehículo dirigióse rápidamente al parque, al trote de los briosos isabelinos que, por ser aquel año los únicos que había en Rusia, tenían un valor inapreciable.

El sol marchaba lentamente hacia su ocaso; en aquellos días, que eran los más largos del año, no desaparecía del horizonte hasta cerca de las nueve y media; sus rayos occiduos de purpúreos tonos, coloreaban las cúpulas del palacio, enfilaban una gran avenida, e iban a iluminar el Sansón gigantesco venciendo al león que parecía tallado en un bloque de oro macizo en medio de una grandiosa fuente de mármol.

De pronto oyóse un ruido sordo; y una enorme masa de agua, brotando de la boca del monstruo, lanzóse hacia el cielo, cayendo después en la taza de la fuente, convertida en fina y menuda lluvia. Un ruido de agua corriente extendióse por todo el parque, y la música militar, situada delante del castillo, dejó oír sus primeros acordes.

Era una fiesta que por ser siempre igual aburría a los asiduos concurrentes a ella; pero a Nadia no le cansaba nunca. A pesar de vivir en medio de un lujo inusitado, conservaba una frescura de impresiones, muy rara entre las jóvenes de su edad y condición. Sentada en una silla y rodeada de un grupo de adoradores, veía resaltar sobre el mar azul y el cielo de un gris perla, la gigantesca columna de espuma, y de polvillo de agua, que lanzaba el dorado león. En aquellos maravillosos juegos de agua y de luz, hallaba Nadia un encanto fascinador y misterioso que mecía la tristeza de sus recónditos pensamientos.

La vida mundana bullía a su alrededor; las bellas y coquetas paseantes instalábanse huyendo de la frescura de la noche, percibiéndose al andar el roce de la seda, que evocaba bellas imágenes de bienestar y de riqueza; las espuelas de los oficiales de la guardia producían, al compás de sus pasos, un ruido sonoro y marcial; y las bellotas de oro resonaban al chocar contra el metal de las vainas de sus sables. El continuo rodar de los coches, cuyo ruido amortiguaba una espesa capa de arena, parecía el estampido de un trueno lejano; la orquesta continuaba tocando la *overture de Luryanthe* que tan bien describe la soledad de las selvas, y sin prestar atención a los fútiles coloquios que tenían lugar a su alrededor, Nadia, con los ojos fijos en el cielo lejano, miraba cómo en el horizonte, aun resplandeciente, aparecía la primera estrella.

Nadia gozaba profundamente de todas aquellas exquisiteces, fruto de una brillante civilización; el contraste del lujo artificial con el imprecadero esplendor de la naturaleza, el crujir de las sedas bajo el tenue murmullo de los grandes tilos, el brillo del bronce dorado sobre los opalinos tonos del mar que servía de fondo a este magnífico cuadro, redoblaban el brío y el ímpetu de sus sensaciones.

Pero a pesar de encontrar naturales y legítimos estos placeres, Nadia no olvidaba otros cuadros bien distintos de éste que le rodeaba; sus lecturas y la tendencia general de su espíritu la hacían pensar en aquellos que trabajaban obscuramente para producir el oro, que pagaba todos aquellos placeres, y los materiales de que se componen.

Privada de su madre desde muy niña, Nadia, educada por una institutriz inglesa, que observaba estrictamente las leyes del deber y de la moral, había tomado de ella un amor hacia el pueblo y una sim

patía hacia sus sufrimientos que, exagerada poco a poco por su temperamento apasionado y fogoso, adquirieron la fuerza y el imperio de una idea fija.

El bien que hacía a todos los que la rodeaban no la satisfacía por completo; durante los años de su adolescencia, su bolsillo, que su padre cuidaba siempre de que estuviese bien repleto, vaciábase sin cesar en manos más ávidas de oro que merecedoras de ayuda y protección. Algunos de esos sufrimientos de la vida, le inspiraron el deseo de atacar el mal en su origen, en lugar de tratar de aminorarlo en sus efectos. Nadia hizo entonces como la mayoría de las jóvenes ricas de su época: fundó en el campo una escuela vecinal, atrayendo a ella a los niños de las aldeas vecinas, con el halago de las recompensas ofrecidas, figurando también en el número de fundadoras de asilos de niños de corta edad, de huérfanos y de ancianos. Su nombre figuraba en todas las listas de caridad al lado de sumas considerables; pero antes de cumplir los diecinueve años dióse cuenta de la ineffectividad de estas obras, emprendidas dispendiosamente por mujeres sin experiencia, que gastan diez veces la suma necesaria para hacer el bien, no obteniendo más que un resultado, a veces nulo, y siempre mediano; por no saber o no querer apartarse de toda ostentación inútil y ruinosa.

— Y usted, princesa, ¿no pertenece al nuevo asilo de huérfanos?, preguntó una voz cerca de ella.

Estaba el espíritu de Nadia tan lejos de Peterhof y del parterre, que no pudo por menos de estremecerse.

— Perdón, respondió, estaba ahora pensando en otra cosa. ¿De qué me hablaba usted?

— Desde aquí me hablaba usted por la condesa Brazof; ha comprado una casa en la parte antigua de San Petersburgo para recoger a los huérfanos de los obreros. Seguramente pertenecerá usted también a esta fundación, ¿no es cierto?

— No, respondió Nadia.

— ¿Por qué?, si es que me permite usted, princesa, que le dirija esta pregunta al joven ayudante de campo que la había interrogado.

— Porque todas estas cosas acaban siempre de la misma manera. O bien porque no hay huérfanos, y no sé por qué, o unos roban y los otros son ineptos, o bien porque no hay dinero, por cansarse de darlo las personas caritativas al ver que para nada sirve. Créame usted, yo no estoy por la caridad colectiva.

Un murmullo de aprobación acogió estas palabras; pero si Nadia hubiera dicho lo contrario, casi la aprobación hubiera sido la misma.

Había allí media docena de oficiales de la guardia, un general de treinta y cuatro años y dos agregados al Ministerio de Negocios Extranjeros que estaban completamente entontecidos por la adoración que sentían por la joven princesa.

— ¡Es usted admirable!, princesa!, exclamó el general. Prefiere usted hacer el bien sola...

— ¡Chist!, dijo la joven llevándose el abanico a los labios; ¡hay que respetar la música!

La brillante corte de Nadia cayó en un profundo recogimiento y todo el mundo se dispuso a escuchar atentamente el alegre *potpourri* que ejecutaba la banda militar.

Nadia cambió una mirada burlona con su padre, que era el confidente de todas sus travesuras, y ambos sonrieron de hurtadillas recobrando en seguida su aspecto indiferente.

Dos o tres señores se acercaron hablando con Nadia algunos momentos; y su tía, la condesa Mazourine, sentóse junto a ella, como tenía por costumbre. Había sido dama de honor de la difunta emperatriz y era una mujer de gran corazón y de mucha sensatez y juicio, que reemplazaba de su sobrina todo lo que la era posible a la madre, que tan prematuramente había perdido. La conversación continuó por etapas, según el capricho de la joven, que hablaba durante los pasajes de música que no le agradaban y ordenaba el silencio cuando encontraba la música de su gusto.

La noche iba cayendo; el cielo cubriase rápidamente de estrellas; acababan de dar las diez, cuando Korzof acercóse al grupo en que reinaba la joven princesita.

— ¡Gracias a Dios!, exclamó Roubine, creí que nos había usted engañado.

— Hace media hora que ando buscándolos. ¿Ha cambiado usted el sitio de sus audiencias, señorita? Antes, es decir, el año pasado, se situaba usted más cerca de la orquesta.

— Se está aquí mejor, porque está más solitario, y a mí cada vez me gusta más la soledad.

— La soledad no existirá nunca con usted, dijo galantemente el ayudante de campo.

Nadia sonrió con aire desdeñoso, dando las gracias con una inclinación de cabeza.

Korzof sentóse frente a ella; a la luz de aquella deliciosa noche del mes de junio, podía él leer tan bien en el rostro de la joven, como si estuviese iluminado por el sol del medio día.

— ¿Qué hay de nuevo?, preguntó Korzof a su vecino más próximo. Desde hace cuatro días estoy en completa incomunicación con el mundo civilizado. Estos viajes por mar son casi una cárcel respecto a este particular.

— En la cárcel, al menos siempre hay alguien que proporcione una limá para romper los barrotes y conseguir la libertad, ¿no es eso?, dijo Roubine que estaba muy alegre desde la llegada del joven al grupo.

— Sí, es verdad, replicó Korzof, y además si lo condenan a uno, siempre es con algún motivo, y se tiene al menos un qué pensar, mientras que a bordo de un navío...

— ¿Pero es que ya ha llegado usted a no saber en qué pensar?, preguntó Nadia levantando la cabeza para mirar a su interlocutor. ¿No tiene usted nada en qué ocupar su espíritu?

— Perdónese usted, señorita, tengo el espíritu y el corazón llenos de cosas muy graves, pero como que no son alentadoras, ni se ven alentadas, añadió en voz baja, mis pensamientos son unos compañeros muy tristes. Díganme ustedes qué es lo que pasa en el mundo; ¿quién se muere, nace o se casa?

— Hay pocas muertes y nada interesantes, dijo el príncipe, ningún nacimiento que yo sepa; ahora en cuanto a matrimonios hay tantos como se quieren. Olga Bézine se casa con Bachmakof, Moraline con la señorita de Kouref, y..., atienda usted..., Natacha Doubler con el viejo Serguinof.

— ¿Es un matrimonio por amor?, preguntó Korzof sonriendo.

Nadia dijo entonces con la voz algo trémula de emoción y de cólera.

— Tanto amor siente el uno como el otro.

Cesó la música en aquel momento.

Lejos de las conversaciones bulliciosas, el único ruido que acompañaba su voz era el de los surtidores, que caían en brillante lluvia en las tazas de las fuentes.

— Natacha escoge un marido viejo, porque éste tiene una fortuna; y Serguinof se casa con una joven porque es bella, bien educada, y le hará pasar agradablemente los días de su vejez. Es un matrimonio de interés..., lo mismo que los otros. Esos son fortunas que se uno, pero nada más. ¿No debía darle vergüenza a Olga, que tiene un millón de dote, casarse con Bachmakof, que posee uno y medio? ¿Es que no hay en el mundo hombres jóvenes e inteligentes, y mujeres generosas y desinteresadas, para que el matrimonio haya de ser siempre un tráfico, o la colocación de un capital con grandes intereses?

— Permítame usted, princesa, dijo el general muy satisfecho. Entonces, según sus ideas, la riqueza es un obstáculo para que se desarrollen los buenos sentimientos?

— Yo no he querido decir eso, respondió Nadia con algo de impaciencia; ¡ya lo sabe usted! Si esas parejas se aman, o creen amarse, cásense en buen hora... Es una cosa muy natural, y casarse muy bien en casarse; ¡por otra parte, no tienen nada mejor en que ocuparse! Pero..., ¿qué es lo que viene después?, ¿qué porvenir les está reservado a esos seres, que no se ocupan en la vida más que de divertirse en todas partes, en donde los demás se divierten, y que se aburren en cuanto están solos en su casa? Menos mal mientras son jóvenes, que a fuerza de pasear su tedio y su inutilidad por bailes y teatros, por países lejanos y distintos, por Karlsbad y por Mónaco, pasan el tiempo, mejor o peor; pero cuando sean viejos y tengan que cuidarse de sus alifafes, de la gota, o de una afección al hígado, ¿creerá usted que se amarán entonces, cansados ya y desilusionados el uno del otro? ¿Cree usted que se acordarán de su juventud, del tiempo aquel en que creyeron amarse?

Y Nadia encogióse de hombros desdeñosamente.

— Pero, hija mía, dijo su tía con dulzura, ¡todos los matrimonios no son como tú los pintas!

— Tienes razón, tía. Hay también muchos que se separan porque la vida en común les es insostenible o bien porque... Pero me olvido de que soy una señorita bien educada, que no puede ni debe hablar de ciertas cosas.

— ¡Nadia!, dijo su padre con acento de suave reproche.

Nadia iba a decir algo, pero de pronto los oboes lanzaron una frase melodiosa que la hizo estremecerse, y levantando un dedo en el aire, dijo:

— ¡Escuchad!

— Todas la obedecieron.

La frase se desarrollaba con infinita gracia y flexibilidad; recorriendo la orquesta como una cinta de luz, que se deslizara al través de la trama instrumen-

tal; luego apagóse, como sucede muy a menudo, en una explosión estruendosa y trivial.

Nadia levantó la cabeza que había tenido inclinada para escuchar mejor, y sus ojos se encontraron con los de Korzof.

— ¿Qué ideal es el de usted, acerca del matrimonio, princesa?, díjole Korzof dulcemente, pero con voz clara y serena.

La joven mirólo como desafiándole.

— Yo quisiera, dijo ella con mayor energía que la que empleaba de ordinario en sus conversaciones mundanas, yo quisiera que todo ser humano tuviese un objeto en la vida; ya fuese el arte, la ciencia o la poesía; la ocupación me es indiferente. Yo quisiera que un hombre no se limitase a vivir dichoso, despararrando su dinero, ese dinero que le viene del sudor de sus colonos, o del trabajo de sus padres, conceptuándose satisfecho con una parte de él a los que no tienen nada. Yo quisiera que hiciese algo; que fuese alguien; quisiera que fuese tan sincero con las mujeres como con los hombres; ¡las mujeres no deben seguir siendo las víctimas, según las leyes de nuestra sociedad! Que su fortuna les sirva al menos para poder practicar el bien; que todas las herederas ricas se casen con un hombre pobre e inteligente... ¡Obrando de este modo, se redimirían de su pecado original, que es su fortuna, y que las coloca al nivel de los seres inútiles!

Un murmullo de reprobación elevóse en torno de Nadia.

— ¡Oh!, ¡princesa! ¡Usted no es capaz de hacer lo que dice!, exclamó uno de los agregados al Ministerio.

— ¿Que no? Usted no me conoce. ¡Juro en presencia de todos ustedes, que puesto que Dios ha querido hacerme rica y de elevada alcurnia, no me casaré más que con un hombre sin fortuna, pero que por sus méritos y su talento haya conquistado una posición brillante! ¡Lo juro!

Y extendió su diestra hacia el cielo y el mar, para tomarlos por testigos de su juramento.

— ¡Nadia!, exclamó su padre, herido en las fibras más sensibles de su corazón.

— Lo he jurado, papá, respondió la joven, pero si el hombre que yo elija no es de tu gusto, ya sabes que yo no he de contrariarte nunca, y que me conceptuaré muy dichosa viviendo y muriendo a tu lado, sin desear nada más.

La música cesó de tocar, dispersándose la multitud, y oyéndose de nuevo, claro y distinto, el ruido de los carruajes.

Enmudecieron los surtidores y el silencio volvió a reinar bajo los árboles.

— Princesa, dijo Korzof en voz baja, necesito hablar con usted; ¿querrá usted concederme unos momentos de atención?

— ¡Cuando usted quiera!, respondió Nadia, fulgurando aún en sus ojos una altiva llamarada.

Su corte de adoradores la escoltó hasta su carruaje, en donde Nadia se instaló con su tía, mientras Roubine tomaba asiento al lado de Korzof, que le había propuesto que se fuesen juntos.

Las dos calas alejaronse, quedándose algo contristados los adoradores de Nadia.

— ¡Qué mujer más extraordinaria!, dijo el general, así que Nadia hubo desaparecido.

— ¡Bah!, mi general, replicó el ayudante de campo, eso no son más que paradojas; ¡no hay que hacerle caso!

II

El día que siguió a a aquel otro tan memorable fué, como lo son siempre todos los que vienen después de una fiesta, un día triste y sin sol. Ya desde el alba, las gotas de lluvia azotaban furiosamente los cristales de las ventanas. Había que renunciar a la esperanza de que se levantara el tiempo.

Nadia, en aquel momento, bajó de su habitación, que estaba situada en el primer piso. Ella sabía que a su padre le gustaba levantarse tarde, así es que ponía especial cuidado en no aparecer por las habitaciones del entresuelo, a fin de que su padre no viese en su actividad un reproche contra su pereza.

Al entrar en el comedor, que semejaba a un invernáculo, tenía tres de sus lados limitados por grandes vidrieras, lo primero que llamó su atención fué la enorme pipa turca de su padre, atravesada sobre un veladorcito en el que había un servicio completo de fumar. Aquella pipa tenía un aire de melancolía y de abandono que llamó la atención de la joven.

Nadia volvióse entonces para ver al príncipe que, con la frente apoyada contra los cristales de la ventana, contemplaba el lluvioso paisaje con una persistencia extraordinaria.

(Se continuará.)



Guernesey. Inauguración del monumento a Víctor Hugo. — Reconstitución histórica de un cuerpo de granaderos de 1740.

GUERNESEY

INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A VÍCTOR HUGO

Con gran solemnidad efectuóse el día 7 de este mes la inauguración del monumento que Francia ha erigido a la memoria de Víctor Hugo en Guernesey, en la isla inglesa en donde el gran poeta vivió durante dieciséis años de su destierro y en donde escribió *Los Miserables*, *Los trabajadores del mar* y algunas más de sus inmortales obras. El monumento, obra del celebrado escultor Juan Boucher, lo reprodujimos en el número 1.689 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Para celebrar la gloria de Víctor Hugo en esta ocasión se han unido Francia e Inglaterra en una nueva manifestación de la *entente cordiale*. Francia estaba representada por políticos y por literatos: los Sres. Augagneur, ministro de Instrucción Pública; Gauthier, ministro de Marina; Dalimier, subsecretario de Estado en las Bellas Artes; Pablo Hervieu y Julio Richepin, de la Academia Francesa; Jorge Lecomte, presidente de la Sociedad de Literatos; Víctor Marguerite, presidente de la Sociedad de los Amigos de Víctor Hugo; varios delegados del Consejo general del Sena y del Consejo municipal de París, y otras ilustres personalidades. Inglaterra, para dar la bienvenida a aquellos huéspedes, había designado al ministro de Obras Públicas, conde Beauchamp; al subsecretario de Estado en el ministerio del Interior, mister Malcom Delevingue; al consejero privado, sir Almeric Fritz-Roy; y al director del Home Office, Mr. Elliot. En aguas de Guernesey estaban anclados cuatro buques de guerra franceses y otros tantos ingleses.

Los representantes oficiales franceses, que llegaron a bordo del crucero *Du Petit-Thouars*, fueron recibidos por el teniente gobernador Hámilton, quien, en representación del Rey, les dió la bienvenida en un sentido discurso, al que contestó el Sr. Augagneur con frases de agradecimiento. Al echar anclas el citado crucero, el fuerte de San Jorge disparó una salva de veintidós cañonazos, que fué contestada por aquél en la misma forma.

Algunas horas después, desembarcaron del crucero *Ruskin* los representantes oficiales ingleses, quienes fueron a reunirse con los franceses en el hotel en donde éstos se alojaban.

A las dos de la tarde celebróse la ceremonia oficial de la inauguración del monumento. La comitiva dirigióse al parque de Candie, en donde aquél se le-



El público rodeando el monumento en el acto de la inauguración. (De fotografías de M. Rol.)

vanta; en el trayecto que recorrió estaban formadas las tropas en doble fila, las casas ostentaban colgaduras y banderas, y en las calles, vistosamente adornadas, agolpábase un gentío enorme. Llegado el cortejo al sitio en donde se levanta el monumento, Vic-

tor Marguerite, nieto del poeta, quien en sencillos y sentidos términos evocó los recuerdos de su infancia y la memoria de su ilustre abuelo.

Por la noche los Estados de Guernesey ofrecieron un banquete a los ministros y representantes franceses, y en varios sitios públicos algunas bandas francesas e inglesas dieron conciertos.

Al día siguiente los ministros franceses, acompañados por las autoridades de Guernesey, visitaron el fuerte de San Jorge, donde se efectuaron una parada militar ejecutada por las tropas de la guarnición y una interesante reconstitución histórica de los ejercicios de tiro y lanzamiento de granadas, tales como se hacían en 1740.

Al mediodía, la Sociedad Hugo ofreció a las autoridades un banquete, al final del cual se pronunciaron elocuentes brindis en honor del Rey de Inglaterra, del Presidente de la República francesa y de la *entente cordiale*.

EL RAID AÉREO

LONDRES - PARÍS - LONDRES

El día 11 del corriente disputóse esta carrera aérea, en la que los aviadores habían de partir de Hendon, aterrizar en Buc, hacer allí una escala de dos horas y emprender luego el vuelo de regreso a Londres aterrizando en Hendon, término de la prueba.



El aviador inglés Brock, vencedor en el raid Londres-París-Londres que se efectuó el 11 de los corrientes (De fotografía de M. Rol.)

tor Marguerite hizo entrega de éste a las autoridades inglesas, pronunciando con este motivo un elocuente discurso, al que siguieron otros no menos elocuentes de los Sres. Augagneur, Richepin, Hervieu, Le-

habían de partir de Hendon, aterrizar en Buc, hacer allí una escala de dos horas y emprender luego el vuelo de regreso a Londres aterrizando en Hendon, término de la prueba.

De los varios aviadores que se habían inscrito, sólo partieron siete: Hearn, Renaux, Brock, Carr, Noel, Garrós y Carbery, los dos primeros llevando una pasajera cada uno. A las 7 y 30 de la mañana dióse la salida al primero y sucesivamente, con intervalos de cinco minutos, fueron saliendo los demás por el orden indicado. En el curso de la carrera hubieron derrenunciara continuarla Hearn, Noel y Carr, habiendo llegado a Buc solamente Brock, Carbery, Garrós y Renaux, que hicieron el recorrido en 3 horas, 33 minutos, 24 segundos; 3 horas, 54 minutos, 2 segundos; 4 horas, 5 minutos, 32 segundos, y 7 horas, 14 minutos, 56 segundos respectivamente.

Dos horas después de sus respectivas llegadas salieron los cuatro aviadores, pero Renaux se detuvo en Calais y Carbery cayó al mar, siendo en seguida salvado por un vapor.

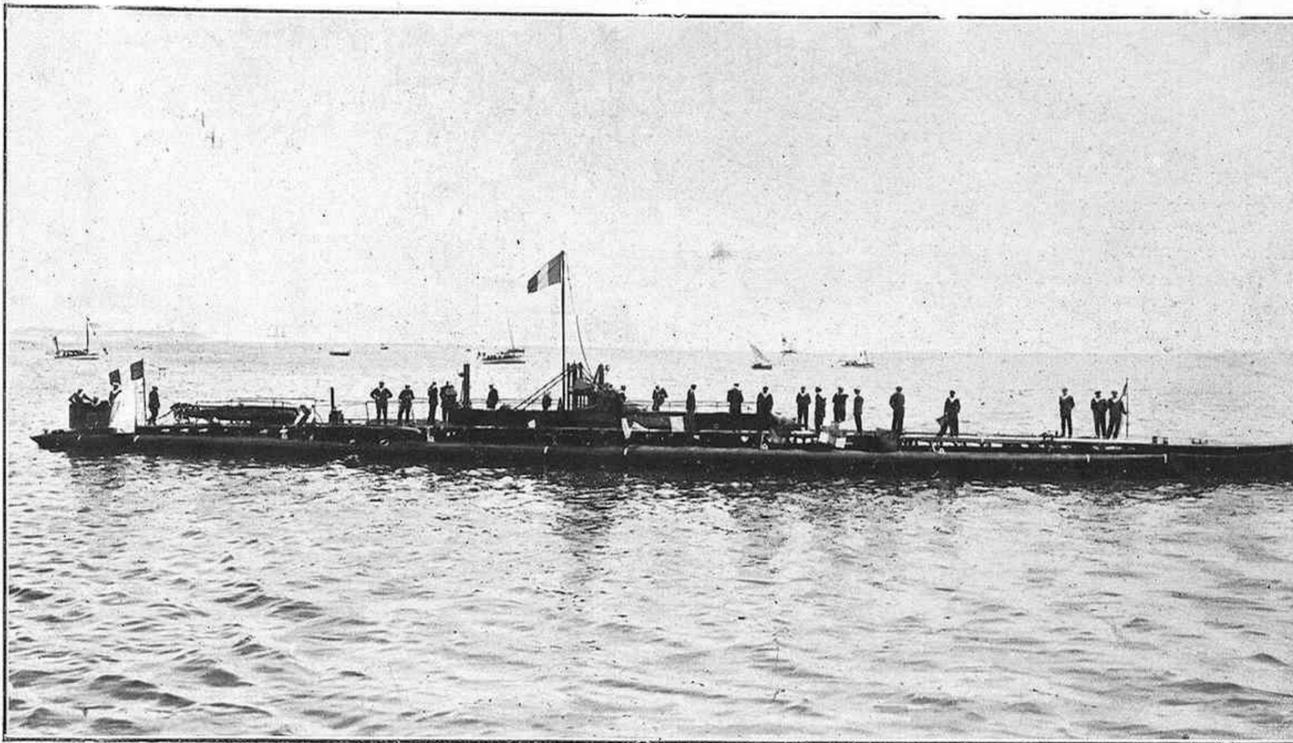
De modo que sólo llegaron a Hendon Brock y Garrós, habiendo sido proclamado oficialmente gana-

dor de la copa Londres-París-Londres el primero, que empleó en el recorrido total 7 horas, 3 minutos y 6 segundos, lo que representa una velocidad de 113 kilómetros por hora.

el submarino *Calypso*. La escuadrilla de submarinos se disponía a efectuar un simulacro de ataque contra una división de acorazados, cuando el *Circe*, al volver rápidamente a la superficie después de una

breve inmersión, chocó con el *Calypso*, que se fué inmediatamente a pique. La tripulación, que se hallaba reunida en el puente, dió pruebas de un valor y de una serenidad admirables, esperando la llegada de las embarcaciones que fueron enviadas en su auxilio, en caso de que los buques que estaban más cerca se dieron cuenta del accidente. De los veintiséis tripulantes del submarino, uno se hundió con éste y otros dos, que fueron recogidos en el mar, fallecieron poco después a consecuencia de una congestión; otro se encuentra gravemente herido.

El *Calypso* era un barco de 361 toneladas, del tipo Labeuf, y había sido lanzado en agua en 1907; formaba parte de la 2.ª escuadrilla de submarinos y era el primero que había efectuado el raid Tolón-Bizerta-Tolón.



El submarino francés «Calypso», que recientemente se ha ido a pique en la rada de Tolón. (De fotografía de M. Rol.)

EL SUBMARINO FRANCÉS «CALYPSO»

Durante las últimas maniobras de la escuadra francesa, en el puerto de Tolón, ha sido echado a pique

toneladas, del tipo Labeuf, y había sido lanzado en agua en 1907; formaba parte de la 2.ª escuadrilla de submarinos y era el primero que había efectuado el raid Tolón-Bizerta-Tolón.



VERNET-LES-BAINS

EL PARAÍSO DE LOS PIRINEOS

Clima fresco y seco. Aguas sulfurosas sódicas (28° a 66°). Tratamiento de reumatismo, dermatosis, neurosis, afecciones respiratorias, etc.

Establecimientos termales modernos. Hoteles con gran confort moderno. Gran Casino. Juegos varios. Operetas. Concurso hípico internacional. Concurso internacional de tennis, etc.

PÍDASE EL FOLLETO ILUSTRADO (FRANCO) A E. Y O. KIECHLÉ, ADMINISTRATEURS, VERNET-LES-BAINS; PIRINEOS ORIENTALES, FRANCE

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts. París.

NUEVA REIMPRESION

FABULAS DE ESOP

traducidas directamente del griego y de las versiones latinas de FEDRO, AVIANO, AULO CELIO, etc., precedida de un ensayo histórico-crítico sobre la fábula, y de noticias biográficas sobre los citados autores por EDUARDO DE MIER. — Lujosa edición en un tomo, profusamente ilustrado con grabados intercalados, láminas aparte y encuadernado en tela. — Su precio: 18 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES



AVISO A LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS 165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Gliptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda a todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se vende en 8 tomos lujosamente encuadernados al precio de 490 pesetas.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

ZEISS GEMELOS

PARA VIAJE, DEPORTE Y CAZA

PÍDASE EL PROSPECTO «T. 224»

De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por

CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA

Berlín - Hamburgo - Milán - Londres
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

PARÍS. - EL CENTENARIO DE LA DEFENSA DE PARÍS EN LA ESCUELA POLITÉCNICA. (Fotografía de Rol.)



Inauguración del monumento conmemorativo erigido en la Escuela Politécnica por la Sociedad de los antiguos alumnos, con asistencia del Presidente de la República y del ministro de la Guerra

Cuando en 1814 regresó de Rusia, aniquilado en sus tres cuartas partes, el que había sido denominado gran ejército, y los aliados se disponían a dictar sus órdenes a Napoleón y a Francia, los alumnos de la Escuela Politécnica, que ya el año anterior habían proporcionado 120 oficiales de artillería y costado varios materiales, quisieron combatir en defensa de su patria. El general de Cassac organizó con ellos tres baterías, que comenzaron a prestar servicio en el mes de febrero, mientras los aliados, que tenían puesto sitio a París, estrechaban cada vez más el cerco de la ciudad.

El día 29 de marzo, los sitiadores rompieron el fuego sobre toda la línea y un regimiento de cosacos cargó contra los politécnicos, quienes, después de haber perdido dos de sus cañones, lanzáronse denodadamente contra sus enemigos, logrando recuperar aquellas dos piezas.

No fué aquél el único acto de heroísmo realizado por ellos en aquellas jornadas; el comportamiento de los jóvenes patriotas fué tan valeroso, que su nombre ha ido unido siempre y gloriosamente al recuerdo de la defensa de París de 1814.

La Sociedad de antiguos alumnos de la Escuela Politécnica, queriendo honrar y perpetuar la memoria de aquellos héroes, ha erigido en el patio de honor de la Escuela un monumento, obra del celebrado escultor Cornelio Theunissen: representa a un joven politécnico irguiéndose con

la espada en alto junto a un cañón roto y abrazando la bandera de la Escuela; en el pedestal se lee la inscripción conmemorativa.

La inauguración del monumento fué presidida por el ministro de la Guerra Sr. Messimy y a ella asistió el Presidente de la República Sr. Poincaré acompañado de su esposa.

Comenzó la ceremonia con un sentido discurso del Sr. Noblemaire, presidente de la Sociedad de los antiguos alumnos de la Escuela Politécnica, quien describió el papel que los politécnicos desempeñaron en la defensa de París de 1814, y después de citar los nombres de los que tomaron parte en aquellas gloriosas jornadas, hizo entrega del monumento al general Cornille, director de la Escuela. Este dió las gracias a la Sociedad de los antiguos alumnos por el homenaje que tributaban a sus compañeros, y al Sr. Poincaré por haber honrado el acto con su presencia.

El ministro de la Guerra pronunció un elocuente discurso haciendo constar que el monumento que se inauguraba ponía de relieve las dos grandes virtudes tradicionales de la Escuela Politécnica, la solidaridad y el espíritu de sacrificio por la patria; afirmando que de la Escuela no salen solamente hombres valientes, sino también eminentes sabios; y elogiando a los profesores que enseñan a los politécnicos.

El Presidente de la República felicitó calurosamente al Sr. Noblemaire y al general Cornille.

ENFERMEDADES

URINARIAS, DIABETES, ALBUMINURIA, RINONES,
VEJIGA, MATRIZ, OVARIOS, MALES SECRETOS,
IMPOTENCIA, TOS, BRONQUITIS, HEMORROIDES.

Si padecéis una de esas enfermedades, pedid inmediatamente, indicando vuestra enfermedad, al Dr. Damman, rue Trône, 76, Bruselas, (Bélgica), o a la farmacia de J. Segalá, Rambla de las Flores, 4, Barcelona, uno de los folletos número 29, y tendréis el medio de curaros en seguida completamente mediante nuevos extractos de plantas aunque vuestra enfermedad sea antigua y calificada de incurable.

HIPOFOSFITOS SALUD



COMBATE

ANEMIA

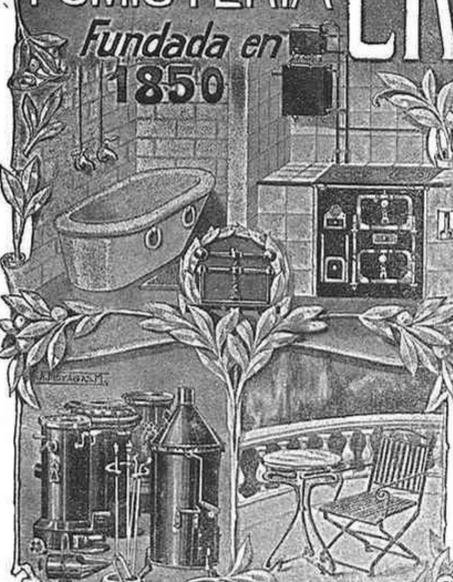
ESCROFULISMO

NEURASTENIA

INAPETENCIA

FUMISTERIA: CAÑAMERAS

Fundada en 1850



COCINAS MODERNAS

GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS

ASADORES AUTOMÁTICOS

TOSTADORES, CALORÍFEROS Y

CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR

PRESAS, BANCOS,

MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143
Teléfono 1940

Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120
BARCELONA

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN